

XIV CONGRESO DE CERAMOLOGÍA. SEGUNDA PONENCIA

---

CERÁMICA CASTREÑA Y ALFARERÍA TRADICIONAL  
COMPARACIONES

Josefa Rey Castiñeira

*Mi homenaje particular a Luciano García Alén*



**Palabras clave**

Cerámica popular, cerámica arqueológica, Cerámica castreña, Edad del Hierro, Cultura castreña

**Key words**

Popular ceramic, archeological pottery, Iron Age, castro's culture, castro's pottery.

**Resumen**

Este trabajo representa la oportunidad de explorar el tema de la alfarería popular gallega, conocerla y sobre todo mirarla desde la perspectiva adquirida con la cerámica castreña; pero, también de paso, considerar la imagen viva del oficio, con la intención de obtener nuevas claves para un mejor conocimiento de la cerámica arqueológica.

**Abstract**

This paper represents the opportunity to explore the field of the traditional pottery in Galicia, looking at it from the acquired knowledge about pottery of castro culture. We would like also to consider the current pottery artwork in order to get keys to gain a better knowledge of archaeological pottery.

**1. LA INTENCIÓN DEL TRABAJO**

Mediante el empleo de una fuente etnográfica esencial, como la monografía de García Alén (1983), se trata de buscar analogías entre dos tipos de alfarerías: la popular gallega, de época actual y la castreña de la Edad del Hierro. La finalidad no es otra que generar nuevas perspectivas de trabajo para las cerámicas arqueológicas, indagar qué registros en el trabajo de campo faltan por incorporar, diseñar las estrategias de extracción más adecuadas para las evidencias arqueológicas previstas desde los nuevos esquemas y los sistemas descriptivos que mejor se adecuen.

En definitiva, se trata de analizar un informe etnográfico con una perspectiva arqueológica y con dos objetivos inmediatos: comprender evidencias y preverlas; y esto, a través de profundizar en la función y el significado que los objetos materiales cumplen en un oficio tradicional como el del alfarero, que es esencial en arqueología. En definitiva, se trata de intentar conocer qué tipos de comportamientos pueden originar los conjuntos de cultura material que encontramos en los yacimientos (Hernando 1995: 17).

**2. EL INTERÉS DE LA COMPARACIÓN ENTRE LAS DOS ALFARERÍAS**

Los restos arqueológicos que han llegado hasta el presente son incapaces de hablarnos directamente de las sociedades vivas que los generaron y cada vez es más difícil, para nuestra sociedad, hacer una valoración de la evidencia arqueológica y entender los factores que determinan su creación (Mannoni y Giannichedda 2003: 5). Nuestra

tarea como arqueólogos consiste en tender puentes sobre ese vacío para obtener una posible explicación a una determinada evidencia o a la falta de ella, sin que por ello creamos que está garantizada una reconstrucción objetiva.

Mediante la observación directa de una realidad dinámica, un oficio, obtenemos referencias para construir un marco de comprensión general de una evidencia arqueológica, que es estática y solo es un retazo de algo más amplio (Orton et alii 1997: 29). Comparamos y establecemos semejanzas entre un caso etnográfico particular y uno arqueológico, entre una alfarería preindustrial del presente y una arqueológica del pasado. Buscamos llegar a comprender bajo qué circunstancias puede esperarse un cierto tipo de comportamiento o la aparición de un cierto registro material. Se establecen identidades de funcionamiento, uso, etc., entre elementos que pertenecen a culturas muy alejadas en tiempo o espacio, el tipo de racionalidad que debió estar presente para que se formara determinado registro material y cuáles no pudieron estarlo; qué comportamientos ideológicos, sociales o tecnológicos funcionaron como agentes del registro (Hernando 1995: 25).

Los estudios etnográficos sirven de advertencia para matizar determinadas lecturas (Orton et alii 1997: 29). Es una manera de someter a prueba las teorías arqueológicas (Mayoral y Chapa 2007: 22). Es un filtro a la visión personal de cada arqueólogo. Ayuda a desvelar los prejuicios y las proyecciones actualistas de la arqueología en general, ayudando a deconstruir muchas de las asociaciones pretendidamente objetivas con la que ésta ha ido construyéndose (Hernando 2006: 30).

En ausencia de una máquina del tiempo que permita la «observación directa» de los seres humanos del pasado utilizando sus artefactos, la analogía etnográfica se le ha considerado como un auxiliar de primer orden para complementar las deficiencias del registro arqueológico. Forma parte inevitable del razonamiento arqueológico. No hubiéramos podido imaginar un pasado diferente de nuestro presente, si no fuera por el conocimiento de sociedades distintas a la nuestra. No hubiéramos atribuido funcionalidades, significados, y ni siquiera hubiéramos podido clasificar determinados objetos, de no ser por ella. La inferencia arqueológica siempre es analógica. Sin analogía simplemente no hay arqueología. Un argumento analógico es, por ejemplo, asegurar que una hilada de piedras es un «muro», pues lo establecemos desde nuestro mundo actual (Gándara 2006: 14).

Ahora bien, ello no significa que pueda pensarse el pasado integrando indiscriminadamente retazos del presente (Hernando 1995: 20). La analogía etnográfica es un mecanismo para generar hipótesis, pero su validez precisa del paso siguiente, que es la contrastación (Gándara 2006: 15). Es una forma de argumento en la que propiedades conocidas en un conjunto «fuente» son proyectadas al conjunto «meta», que son inferidas ahí inductivamente. Requieren de explicaciones que permitan discernir cuántas y cuáles propiedades deben ser compartidas entre ambos conjuntos, antes de proponer que aquellas no observadas también se comparten (Gándara 2006: 13). Se trata de que entre el conjunto de referencia y el conjunto meta haya suficientes y relevantes similitudes y que no existan disimilitudes importantes que reduzcan la probabilidad de la inferencia (Gándara 2006: 18 y Hernando 1995: 20).

Un abuso metodológico que se produce a veces con la analogía etnográfica es que lo que previamente se postula como posibilidad luego se entroniza como «verdad aceptada», sin haber sido nunca contrastada (Gándara 2006: 15).

### 3. LA DOCUMENTACIÓN DE PARTIDA

La monografía de Luciano García Alén (1983) es aquí el material de trabajo para la comparación con la cerámica castreña, ya que sigue siendo la síntesis sobre alfarería popular gallega más completa que hasta ahora tenemos. De esta manera se ahorra la recopilación y revisión bibliográfica de trabajos más dispersos, que retrasarían el objetivo inicial de esta primera toma de contacto. Otra cualidad de esta síntesis es que su trabajo de campo hoy sería imposible de repetir, ya que esa realidad ya no existe, ni tampoco el recuerdo de los mayores de entonces. La cerámica tradicional de hoy se encuentra en otra coyuntura y se mueve con otras premisas.

El primer punto de interés en su monografía es para nosotros observar las fuentes de información que consulta, pensando en cómo convertirlas en documentos fuente para una mirada arqueológica, como si de un documento etnográfico se tratara:

- Libros de geografía que dan constancia de la existencia de alfarerías: la de Galicia dirigida por Carreras Candi (1936), el diccionario de Madoz (1847) o el de Miñano y Bedoya (1827). el Directorio de Galicia, Guía especial de las provincias (1912).
- Libros de carácter económico y social, que nos informan del número y nombres de alfareros y por lo tanto de sagas, des-

plazamientos y desde ahí, de orígenes, desarrollos y decadencias de los núcleos donde existe el oficio: El catastro del Marqués da Ensenada (1752-53), “Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España...” Larruga (1799), “Descripción económica del Reino de Galicia” de Lucas Labrada (1804), libros parroquiales de bautizados y difuntos, en los que además de los apellidos conocidos de los alfareros, a partir del segundo cuarto del S. XIX, en los de Buño, al parecer, se especifican oficios (García-Alén 1983: 48), Acta inicial do Gremio Sindical de Oleiros de Buño, 1969 (García-Alén 1983: 52), libros del obispado de Mondoñedo (1787), de I., Lence-Santar y Guitián, Eduardo (1911).

A esta lista, sería interesante añadir en futuras investigaciones la búsqueda de documentos equivalentes a los registros medievales de entrada y salida de mercancías de los puertos ingleses, que Orton et alii (1997: 224) nos citan, para imaginarse el consumo de la loza de importación, a través de la cantidad, la procedencia y los precios de los materiales introducidos.

A la imagen viva que nos proporciona el trabajo de García Alén le contraponemos una alfarería castreña de la que más del 90% de la documentación que tenemos de ella son las vasijas, convertidas en miles de fragmentos repartidos en los basureros. Son excepcionales las evidencias directas de los sistemas de producción y de los contextos de uso. Es por ello que toda la cadena de producción, incluidos los hábitos de consumo deben inferirse de los atributos inherentes a los propios fragmentos, en su mayor parte especulativos y pocas veces demostrativos, lo cual sucede a

veces, cuando los análisis arqueométricos hacen acto de presencia.

También es desigual la información disponible de la cerámica castreña, en cuanto a su distribución geográfica y cronológica. El área mejor conocida es el suroeste gallego, seguida de la zona noroccidental. Es muy poca la información referida a la Galicia oriental; zona en la que se ha incrementado el número de castros excavados en los últimos años, pero, su cerámica permanece inédita en su mayor parte.

A pesar de todos estos desequilibrios hay que recordar que la cerámica es una de las evidencias privilegiadas en arqueología. Es un material frágil y ha de ser restituido. A la vez los fragmentos no se destruyen y no se reciclan; al contrario que la madera, el cuero, el hueso o la metalurgia. Por lo tanto, su ausencia o su presencia guardan generalmente relación directa con lo ocurrido y no con los procesos posdeposicionales de su incorporación en los sedimentos. Por último, es cierto que se trata de una de las evidencias más incómodas, por los miles de fragmentos que proporciona una excavación y que desborda cualquier presupuesto.

#### 4. DOS TRADICIONES ALFARERAS QUE SE APARTAN EN EL TIEMPO

Sería muy tentador establecer una conexión “histórico-directa” entre la cerámica castreña y la popular “actual”, entre la de Buño y la del castro de Borneiro (Cabanas) (Rey 1992 y Calo 1999), la de Santomé (Cartelle, Ourense) y la del castro de Castromao (Celanova) (García-Rollán 1971), o la de A Guarda y la de los castros de A Forca (Carballo 1987) y Santa Trega (A Guarda) (Rey

1992). El inconveniente es que hay una distancia de, al menos, dieciséis siglos entre Buño y Borneiro, y de diecinueve en los demás. La cerámica castreña ocupa el primer milenio antes de nuestra era, y la alfarería tradicional referida por García Alén pertenece en su mayor parte a los siglos XIX y XX, algunos llegan a mediados del XVIII y, excepcionalmente, se documenta en el S. XVI.

Antes de aplicar una analogía continua, que las vincule en una secuencia ininterrumpida, además de precisar previamente la reconstrucción histórica y arqueológica de tan largo intervalo, habría que tener en cuenta que la alfarería tradicional no es un fósil que se haya mantenido inamovible a lo largo del tiempo (Hernando 1995: 21). Así, por ejemplo, al referirse a la cerámica tradicional canaria de Hoya de Pineda, los arqueólogos Rodríguez et alii (2006: 212) nos recuerdan que son colonos los que la desarrollan y que, por lo tanto, no se puede establecer una relación directa con la de los yacimientos arqueológicos, del lugar en que se encuentran, porque corresponden a una etnia y a un tiempo diferentes.

No hay que olvidar, además, que la alfarería es ante todo un oficio que se implanta, se desplaza y desaparece con el oficiente, y que es, por lo tanto, la historia particular de cada uno de ellos, con las circunstancias sociales que le rodean.

La duración tiene algo que ver con el tipo de producción articulada en la sociedad. Cuando se trata de un núcleo de aldeas con casi un alfarero por familia, la permanencia del oficio en un área geográfica es de varios siglos. Buño y Silvarrei duraron al menos cinco; el centro alfarero de Gondar (Portu-

gal), cuatro (Amaral y Pereira 1997) y hasta tres, otros muchos de los centros gallegos.

Ya no es la historia individual del artesano, sino de la comunidad alfarera, a la que pertenecen, en la que asumen la tradición establecida, y que les identifica con un determinado territorio (García-Alén 1983: 47). Aceptan plenamente las reglas reconocidas y aceptadas por los artesanos de la comunidad y la de los consumidores.

Las “aldeas de alfareros” o “lugares de oleiros” representan un área geográfica compuesta por una o varias parroquias, que incluye la totalidad o parte de sus aldeas: hasta 24 lugares repartidos entre dos parroquias, cita García Alén, en el ayuntamiento de Buño (9 lugares en la parroquia de Gundivós, 7 en la de Tioira). Todos ellos con varias familias de alfareros, que en Niñodagua, a comienzos del siglo XX –y aún en 1936– son algo más de dos tercios de las 120 personas que tenía la parroquia (García-Alén 1983: 151). A principios del siglo XX, en Bonxe, se recuerda que rara era la casa en la que no hubiese un alfarero (García-Alén 1983: 189); en Buño, durante los años 80, de 126 familias, se dedicaban a la alfarería 59 (García-Alén 1983: 50). Las aldeas, además, se retroalimentan con desplazamientos cortos entre ellas, por casamiento al lugar de su consorte, a veces acompañados de familiares que también poseen el oficio: de O Seixo a Portomourisco, en Samos; de Lamartín a San Mamede, a Val y a Romelle; trasvases de alfareros entre A Bouza, Santomé y Ramirás.

Los talleres se rigen por otras premisas. Los alfareros son agentes individuales. Desarrollan su actividad en un ambiente socioeconómico más dinámico e industrial, en el que la iniciativa particular es un factor impor-

tante. El oficio está donde ellos vayan y no representa una tradición específica, sino la suma de toda la experiencia acumulada por su oficiante (García-Alén 1983: 48).

Al igual que las aldeas son de carácter familiar y campesino. No se diferencian en el formato, pero sí en el espacio geográfico que define y en los esquemas productivos. Son puntos aislados geográficamente, se encuentran allí en donde el alfarero instale su vivienda, al final de sus recorridos por diversas fábricas de cerámica en donde fueron partícipes de incorporaciones técnicas y estilísticas novedosas y en donde la exploración del oficio pesa más que las reglas estrictas de una única tradición. Los condicionantes en su producción tienen más que ver con la demanda.

El oficio dura la vida del alfarero y en todo caso de cuantas generaciones en su línea sucesoria lo mantengan. Ignacio Rodríguez, es el primer alfarero de Nicolás de Prado (Ponteareas), seguido de sus hijos. Era natural de A Guarda, emigró a Portugal, donde trabajó con alfareros de Barcelos. A la vuelta se casó con una vecina de Prado, donde estableció su taller (García-Alén 1983: 151). Es decir, la alfarería de Prado comienza en el primer cuarto del XIX y desaparece en 1915 (García-Alén 1983: 24).

En la fábrica de A Caeira (Pontevedra) coincidieron alfareros segovianos, de Cesures y de A Guarda (García-Alén 1983: 147); en la de El Progreso (A Guarda) participaron alfareros de Barcelos e incorporaron técnicas que se estaban implantando en Manises.

Su saber hacer sigue siendo empírico, pero su percepción está enriquecida por tradiciones múltiples, que los hacen más experimentales,

con más iniciativas propias. Tienen que buscar un equilibrio entre la demanda del entorno en el que se instalan y el de sus vivencias profesionales. Después de un largo recorrido profesional, se readaptan a las viejas tradiciones o consiguen transformarlas.

A comienzos del S. XX, Vicente Fuentes y un hijo emigraron a Cuba, donde trabajaron de alfareros. Vicente se volvió al poco tiempo y se estableció en una aldea de Narón. Su hijo instaló una industria de alfarería en la Habana, en donde trabajaron alfareros gallegos, de Mondoñedo y Buño, entre otros; pero, también catalanes y mallorquines. En 1945 vuelve y se instala con sus hijos cerca de su padre, en otro lugar de Narón; allí revivieron viejas formas de trabajar el barro y las vasijas de San Clodio, un centro alfarero cercano (García-Alén 1983: 43).

En 1933, José Gándara, «o Bicho», uno de los alfareros de la fábrica «O Progreso», de origen portugués, se fue a trabajar a Niñodagua, contratado para dirigir la elaboración de tuberías para una fuente. A consecuencia de la guerra civil, decide quedarse en Maceda, a pocos kilómetros de Niñodagua. Indujo a otros alfareros de la zona a incorporar vasijas de barro «roxo», más resistentes al fuego que las tradicionales blanco amarillentas. Aportó nuevas formas y el empleo de moldes de yeso para los fondos curvos. Merced a su presencia, se perfeccionó la preparación del barro, el torneado y la terminación de las vasijas. Se cuenta que llegó a enseñarles como limpiar las manos y aprovechar las sobras del barro que quedaban en los dedos (García-Alén 1983: 185).

La historia de las comunidades o tradiciones alfareras se compone de las particulares de cada alfarero pero también de los factores medioambientales y sociales.

Su emplazamiento suele estar condicionado por la disponibilidad de todo lo necesario para su desarrollo: combustible, agua y canteras de arcilla en las proximidades (Mayoral y Chapa 2007: 83). En los núcleos gallegos, al igual que en otras alfarerías, la presencia de abundante barro en las inmediaciones parece un factor importante en la mayoría de los casos, aunque no falta la excepción. La aldea de Bamio lo transporta por mar desde 25 Km. de distancia (García-Alén 1983: 133).

La alfarería parece ser la alternativa a una agricultura menguada o con la tierra en pocas manos, pero también lo contrario; se puede ver favorecida por una agricultura desarrollada que garantiza la demanda. Cuenta también como un factor positivo su emplazamiento en una encrucijada comercial, con facilidad para el transporte de mercancías y la atención de los consumidores. En las áreas más desenvueltas económicamente, también es impulsada por industrias afines que comparten el mismo tipo de materia prima y algunos de sus conocimientos técnicos, como en el caso de las «telleiras» y de las fábricas de ladrillos, cuyos dueños contratan alfareros de diversas procedencias para ampliar la oferta de sus productos.

Referencias etnográficas de África nos cuentan que el oficio de la alfarería recae en determinados linajes, a veces los mismos que los de los herreros (Bonte e Izard 1996: 48). En la cerámica castreña los diálogos tecnológicos con la metalurgia y la orfebrería son evidentes. De ellos incorporan herramientas, gestos y efectos estéticos, además de compartir el fuego en sus procesos técnicos (**figura 1**). Sobre su decadencia, la información etnográfica hace referencia a la falta de barro, en algún caso por agotamiento de las barreras, como la del Monte San Lorenzo, del

**Figura 1.** Diálogos tecnológicos de la cerámica con la metalurgia. Gestos y efectos de la calderería laminada y remachada y de las situlas hechas a la cera perdida.



Cerámicas del castro de Guimarey (A Estrada, Pontevedra) (Rey y Rodríguez 2001: 159)

Fragmento de caldero del depósito de Hío (Pontevedra) (Meijide 1991: 264)  
Fragmento de situla del castro de Taboexa (Pontevedra) (Silva y Rey 2005: 82)

que se abastecía Bonxe (García-Alén 1983: 193); pero, sobre todo es la imposibilidad de acceder a él lo que produce la decadencia, bien sea porque la vía férrea atravesó la zona de arcillas, caso de Ramirás (García-Alén 1983: 108), bien sea porque cambiaron de propietarios, como sucede con las de Monte Ramil.

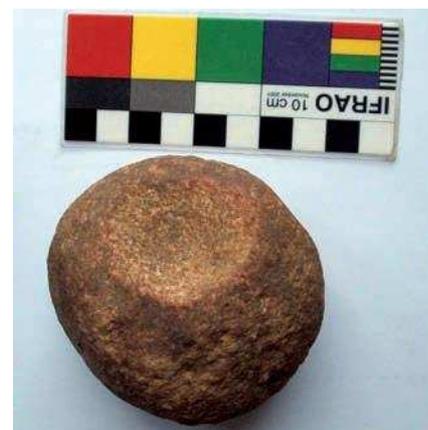
Otro factor que los habitantes encuestados consideran importante en el proceso de desaparición de una comunidad alfarera, es la introducción y desarrollo de otros productos más competitivos, debido a una producción al por mayor, a su uso o a su aspecto atractivo. El hierro esmaltado, el plástico, los cubos de zinc, la hojalata, “a louza boa”, son opciones muy ventajosas para el uso en el fuego, para el transporte y almacenaje de agua y de alimentos, o para lucir en la mesa. A la alfarería tradicional le dejan el papel de la nostalgia, donde la demanda estima más los efectos decorativos que su inicial valor utilitario. Esto hace que a partir de los años 70 estemos ante un nuevo tipo de alfarería y, por lo tanto, ante un nuevo tipo de “documento fuente”. García Alén en su trabajo de campo registró ese

cambio, pero aún tiene la opción de explorar persistencias y el recuerdo de los mayores de entonces. Del quehacer colectivo se fue pasando a una producción individual, donde los artesanos pasaron por un período de profunda crisis, probando su capacidad de identificar los cacharros que pudieran salir de su torno con el gusto de los nuevos consumidores (García-Alén 1983: 213).

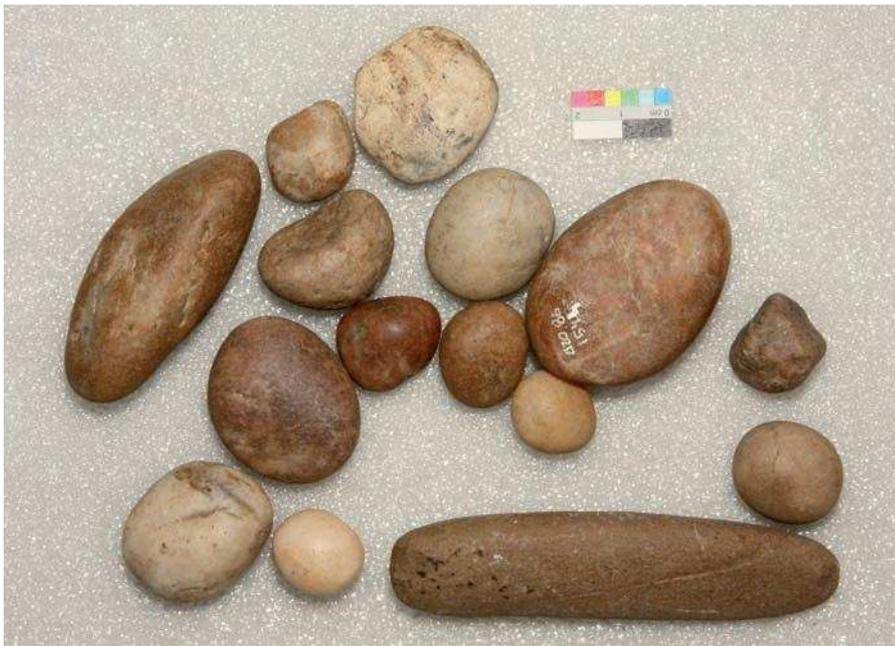
Otra cuestión de carácter técnico, mencionada como causa de desaparición de los alfares es la traída de agua a las casas, pues suponía prescindir de los cacharros destinados a transportar agua (sellas, cántaros, etc.). Pero, sobre todo, son acontecimientos políticos o socioeconómicos los que provocan su desaparición: la Guerra civil y los años de posguerra acompañados de la emigración. De 500 talleres de alfarería que existían en los años 30 en Galicia, no llegaban a 35 en los 70 (García-Alén 1983: 213).

Si queremos ver lo que pasa en la cultura castreña, el primer inconveniente reside en que muy poco, o más bien nada, sabemos de sus

centros de producción. Carecemos de evidencias arqueológicas, porque realmente no las había o porque no supimos verlas. Las que hay, son muy problemáticas: hornos que podrían serlo de pan o de metal; tal vez, alguna piedra que podría estar relacionada con la estructura de un torno (figura 2) y, en todo



**Figura 2.** Piedra procedente de Borneiro con desgaste circular. Podría formar parte de la estructura de un torno. Museo Arqueológico e Histórico. A Coruña.



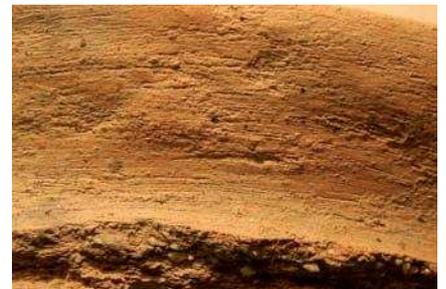
**Figura 3.** Posibles alisadores de Castrovite (Pontevedra). Museo Provincial. Pontevedra (Foto de César y Manel Candamo).

caso, líticos que podrían ser alisadores del barro (figura 3). Aun así, a través de las propias cerámicas, distinguimos sistemas de producción diferenciados a lo largo de los mil años que dura la cultura castreña.

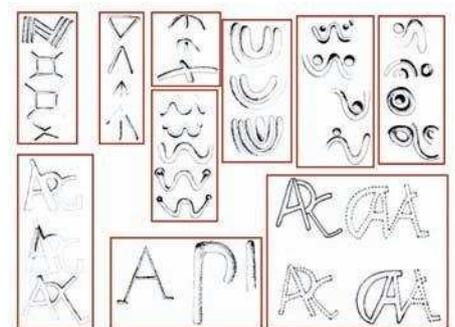
Durante la Edad del Hierro Inicial (siglos IX-V aC) tendríamos una alfarería doméstica poco especializada, con un nivel tecnológico muy bajo y con poca soltura en los gestos técnicos. Emplean barro poco seleccionados y mal amasados, cocciones con temperaturas reducidas, un modelado manual poco atrevido en la elaboración de formas y con decoraciones ejecutadas con poca seguridad.

El conocimiento técnico, desde la segunda Edad del Hierro (siglos IV aC-I dC), se muestra lo suficientemente desarrollado

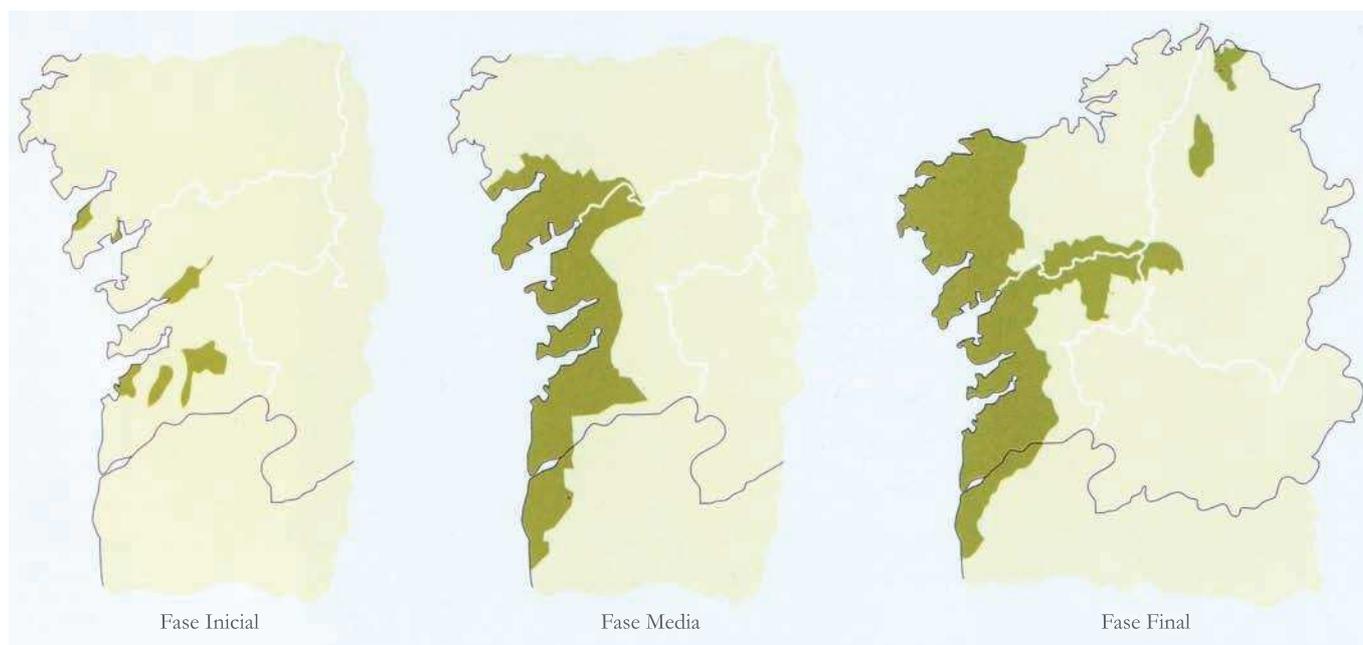
como para pensar en una producción artesanal de carácter parecido al de las aldeas de alfareros tradicionales “de la actualidad”. Para la ejecución de sus productos es preciso un entrenamiento previo y la existencia de reglas para el hacer estandarizado que se aprecia. Cada trazo formal y decorativo atiende a una norma preestablecida. Parece indudable la incorporación del torno, criterios claros en la selección y amasado de las arcillas y la mejora en los sistemas de cocción (Rey y Soto 1997). Los gestos son seguros y atrevidos en el modelado y en la decoración, que se puede volver barroquizante; se atreven a decorar con motivos complejos todos los rincones de una vasija, con un control pleno de la plasticidad adecuada, que evite las deformaciones (figura 4).



**Figura 4.** Contraste de facturas entre una vasija de la primera Edad del Hierro y de la Segunda. Museo do Mar de Galicia. Vigo.



**Figura 5.** Marcas identificadas en cerámicas del Castro de Briteiros (Guimarães) (Silva 1986, Est LXIII).



**Figura 6.** Tradiciones cerámicas identificadas en las Rías Baixas: Edad del Hierro Inicial, Medio y Final (Rey 2000: 239).

Los dos tipos de alfarerías (las comunidades de alfareros y los talleres) probablemente se dieron a finales de la segunda Edad del Hierro, ya muy próximos al cambio de era. Actitudes equivalentes a los talleres se podría proponer para la cerámica del castro de Santa Trega, que posee la categoría de “oppidum”. Entre su cerámica se aprecian formas novedosas, que parecen imitar a las de fuera, cerámicas, estas últimas, que también consumen. Hay además marcas de significado desconocido, pero que podrían tener que ver con los alfareros, con los consumidores, con los productos o con los usos. El hecho de que, aquellos yacimientos -Santa Trega, Britteiros o Sanfins- donde aparecieron cerámicas con marcas (figura 5), sean ciudades ya supone reconocer un grado mínimo de división del trabajo y de clases artesanales.

Para cualquiera de las etapas castreñas, los análisis arqueométricos tienden más a la idea de producciones locales que a grandes producciones centralizadas (Rodríguez-Corral 2007), lo cual creemos que no excluye un sistema equivalente al de las aldeas alfareras. Para saber realmente lo que representan estos datos, además de intensificar los análisis de la cerámica arqueológica, que aún son muy pocos, habría que realizarlos también en las cerámicas populares, particularmente en la explotación de arcillas, pues tenemos la impresión de que un mismo alfarero, o por lo menos una misma comunidad alfarera, puede ofrecernos un panorama parecido.

Sobre la evolución descrita son interesantes los mapas secuenciados de la cerámica cas-

treña de las Rías Baixas, donde se reflejan los cambios explicados (figura 6). Poco podríamos decir del inicio de la Edad del Hierro, ya que el número de castros y la extensión de los conjuntos cerámicos de esa época impiden dibujar un área definida y pronunciarse sobre las diferencias estilísticas apreciadas. Durante la segunda Edad del Hierro prerromano, es muy nítida la tradición alfarera y el mapa por donde se distribuye (eminentemente marítima). La situación cambia en la fase final del período, donde las tradiciones se contaminan y los mapas se desdibujan y amplifican, probablemente propiciado por la nueva estructura administrativa romana y las mejoras de las redes viarias. Vasijas propias de las Rías Baixas, como las “vasijas Vigo” llegan, o tal vez se imitan, en las tierras lu-

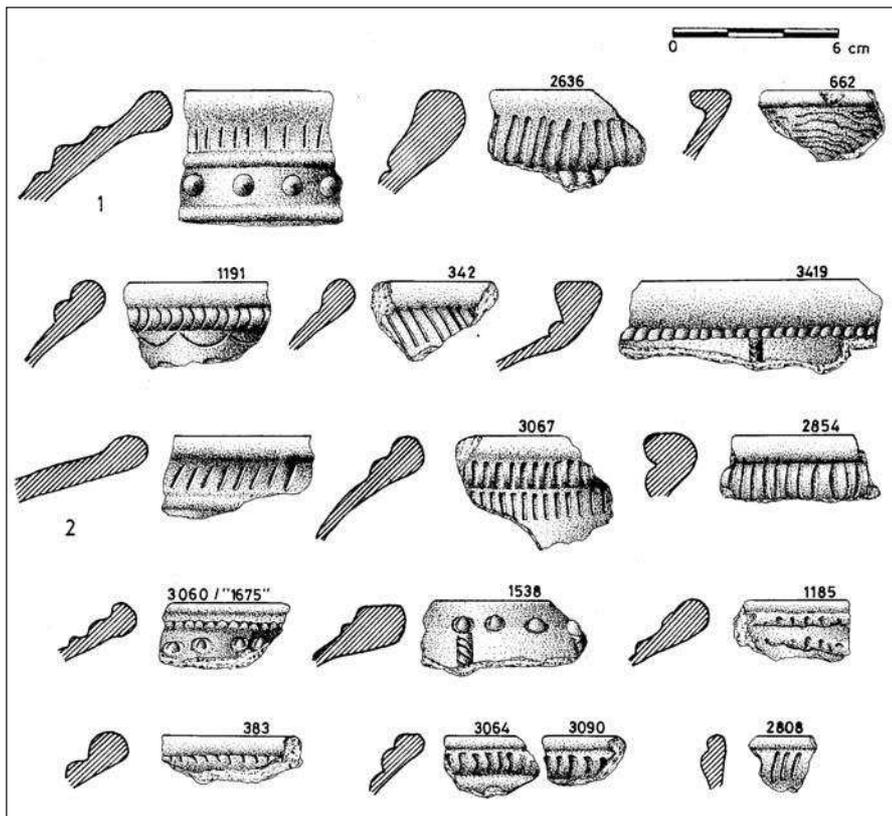


Figura 7. Imitaciones de "Vasijas Vigo" en el castro de Borneiro (Rey 1998: XLII) (Dibujos de Anxo Rodríguez Paz).

censes (figura 7). Las "vasijas perladas", que imitan en su aspecto y en los gestos técnicos a las sítulas hechas a la cera perdida, aparecen distribuidas por todo el Noroeste peninsular (figura 8). La presencia de estas piezas es excepcional en cada yacimiento, probablemente por su carácter simbólico y por la complejidad que encierra su elaboración. Tal vez se podrían equiparar a las vasijas ibéricas del S. III aC con ricas ornamentaciones figuradas, que parecen encargos a ceramistas y pintores prestigiosos, de clientes concretos (Mayoral y Chapa 2007: 88).

##### 5. PERO SÍ QUE COMPARTEN EL ESPACIO GEOGRÁFICO

Puesto que la comparación histórica directa no es posible, cabe la opción de la analogía «discontinua», donde las diferencias en el tiempo o en el espacio resultan irrelevantes (Hernando 1995: 22). Pero aun así, previamente se ha de evaluar la viabilidad del paralelo y los términos en que deben hacerse, con la convicción de que existen condiciones de comparación entre ambas tradiciones alfareras, contex-

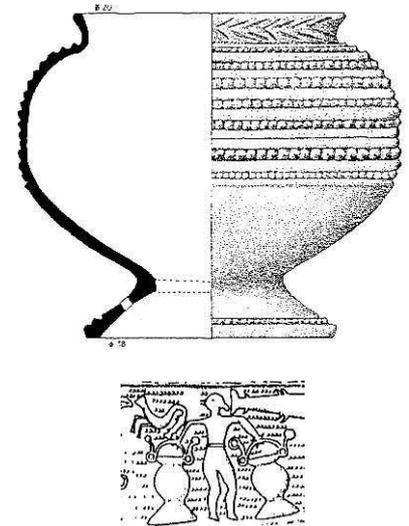


Figura 8. Imitación de una sítula o caldero metálico en el Castro de Santa Trega (Rey 1992: CCCLXXXI). Esquema de un detalle de la diadema de Ribadeo/Moñes, de un porteador de calderos rituales (Balseiro 2000: 58).

tos de funcionamiento parejos, causas o significados similares.

En primer lugar, si las dos alfarerías que comparamos comparten el mismo espacio geográfico, entonces es importante traer a colación el pensamiento braudeliano de que la geografía lenta e insensiblemente, va moldeando el carácter y la forma de ser y vivir de las poblaciones. La geografía determina unas constantes que permanecen en el tiempo, independientemente de cuales son los actores. Sobre esto y, aunque encierra otro tipo de cuestiones, resulta muy adecuada una cita de Miguel Anxo Murado (2008: 26): "Los países no son personas, son lugares. No tienen memoria, tienen historia. Pero la historia la escriben las personas, no los lugares. Somos nosotros quienes antropomorfizamos los países y los dotamos de personalidad, de una imagen".

La contraposición entre la Galicia litoral y la interior, que García Alén nos destaca, para diferenciar las alfarerías populares que en ella se desarrollan, forman parte de las características estructurales del Noroeste ibérico, que también se observan en la Edad del Hierro y diríamos que en todas las etapas de la prehistoria.

El Noroeste peninsular tiene un marcado carácter marítimo y exterior más que interior, que le confiere personalidad. Es una línea de costa muy articulada, sobre todo la del suroeste, que le dota de buenos puertos y donde se concentran las mejores tierras; Con una topografía accidentada en el 60% de su territorio, que aísla y dificulta las comunicaciones con la Meseta. Nos destaca Ruiz Gálvez (1998), al hablar de Bronce Final Atlántico, que Galicia se comporta como una isla. Dice Murado (2008: 14), que en líneas generales, los momentos en los que Galicia ha podido relacionarse a través del Atlántico le han sido propicios, mientras que aquellos en los que las circunstancias políticas lo han impedido, marcan fases de empobrecimiento. Desde los restos del Apóstol hasta el Prestige, a Galicia casi todo le llegó por mar (Murado 2008: 22).

En definitiva, no es nada nuevo que la alfarería popular y la castreña muestren un mayor dinamismo en la línea de costa, sobre todo en la suroccidental, la correspondiente a las Rías Baixas.

García Alén destaca la alfarería de la Galicia litoral. Aquí es donde se produce el mayor desarrollo económico; donde más población se concentra; donde acceden más fácilmente a las influencias burguesas e industriales; donde se producen reiterados intentos de industrializar la alfarería; donde el torno alto

está más extendido; donde más les gusta decorar las vasijas; donde cuecen en hornos con parrilla, con atmósferas oxidantes. Su producción alfarera está especialmente orientada a las villas y ciudades de la costa. Es el área donde se desarrollan los talleres, donde los alfareros muestran mayor movilidad geográfica. Por sus puertos se introduce loza fina que complementa el consumo. Los focos de irradiación más destacados son A Guarda y Tui.

De la Galicia interior resalta su menor desarrollo económico. Las “aldeas de alfareros” son el sistema de producción dominante. Sus manufacturas están especialmente orientadas al campesinado. Son escuetos con los adornos “el barro cuanto más limpio mejor”. Es la zona del torno bajo o alto rudimentario, de los hornos sin parrilla y alguna en hoguera al aire libre, de las atmósferas reductoras. Niñodagua es la única excepción, con un nivel técnico superior, probablemente porque está emplazada en una de las vías principales de comunicación Galicia - León (García-Alén 1983: 49). Los contactos de los centros alfareros situados en la Galicia más oriental se mantuvieron con las tierras castellanas de Zamora y León y las portuguesas de Vila Real, por caminos de montaña. Rubiá y Valdeorras se encuentran en la ruta de los arrieros bercianos (García-Alén 1983: 199). Os Barraxeiros de Lamartín incorporaron formas castellano-leonesas, que debieron llegar a las ferias o traer los campesinos que iban a «Castilla» a trabajar en la siega (García-Alén 1983: 234). O Seixo y Portomourisco mantienen fuertes relaciones con Portugal y Zamora (García-Alén 1983: 49).

Durante la Edad del Hierro, la Galicia litoral, especialmente las Rías Baixas, se mues-

tra la más dinámica en todas las evidencias arqueológicas relacionadas con la vida económica y cultural, inclusive la cerámica, donde los basureros evidencian un consumo de derroche. Es frecuente la incorporación de productos importados desde épocas tempranas de la Edad del Hierro. En esta zona se podría hablar de sistemas productivos asimilables a la categoría de talleres.

La Galicia interior se muestra de nuevo en frente, con producciones y consumos comedidos, el mismo interés por un barro limpio sin adornos como en la alfarería popular actual. Sus relaciones exteriores con las tierras de León, Zamora y Portugal oriental son evidentes aunque escuetas en la cerámica, por la poca información disponible. Basta observar la delimitación del convento astur para hacerse una idea de la asiduidad de estas relaciones, puesto que toda la Galicia oriental y tierras occidentales meseteñas forman parte de una misma división administrativa romana.

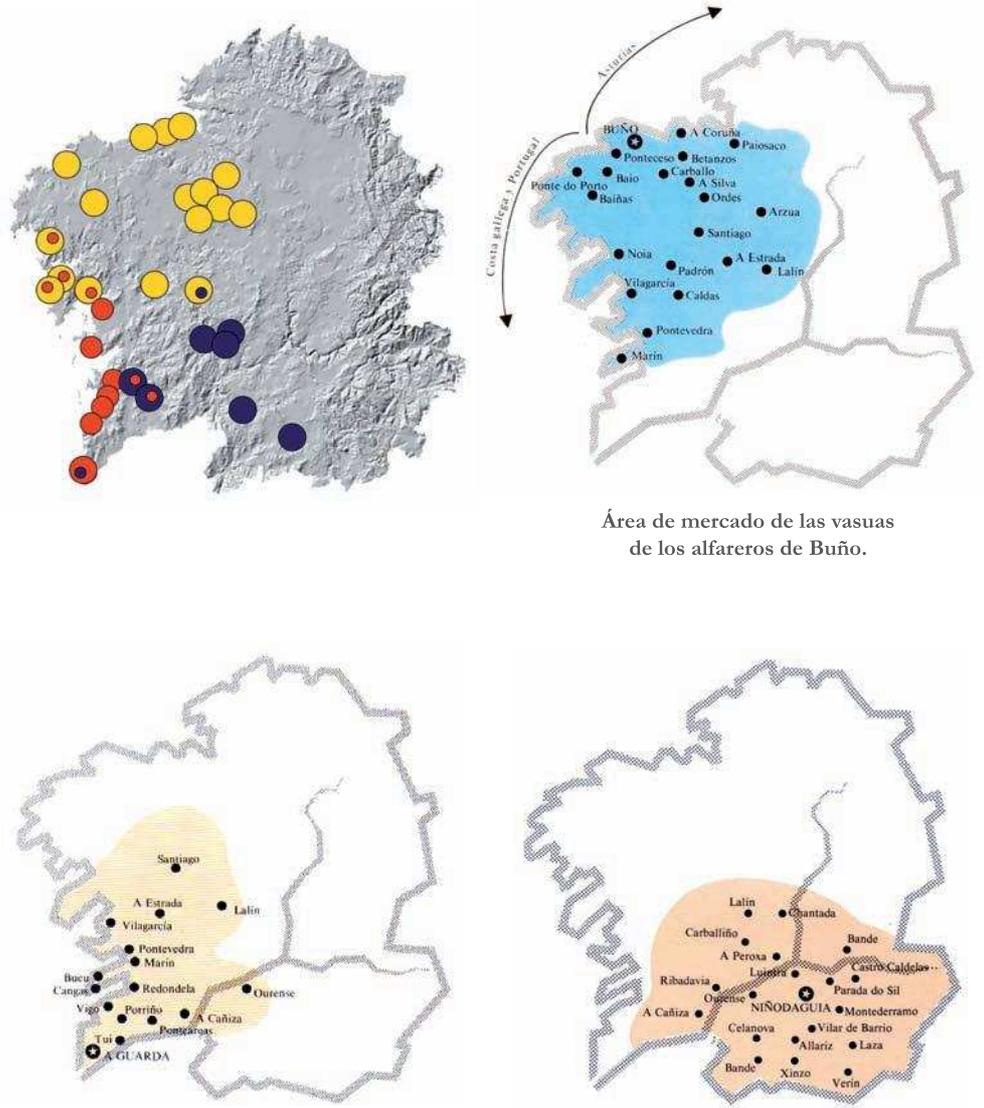
Hay una parte de la Galicia interior que durante la Edad del Hierro, casi funcionó como costa, ya que la cuenca del Miño hasta la confluencia del Sil fue navegable. Por toda esta cuenca la cultura material castreña, en todas sus manifestaciones, incluida la cerámica nos ofrece una expresión estética muy destacable.

Para entrar más en detalle en las comparaciones geográficas entre las cerámicas popular y castreña, cabe el análisis de los atlas que cada una de ellas ofrece. Los de época castreña se refieren al estilo de sus productos manufacturados y por lo tanto, son equiparables a los que en la alfarería tradicional se refieren a las áreas de mercado de un centro productor. En cambio, carecemos de documentación cas-

treña para confrontarla con los mapas de los centros de producción de la alfarería popular (figura 9), que en todo caso podrían estar cerca de aquellas áreas de máxima concentración de un estilo característico.

Los mapas de mercado populares, a veces uno en concreto o la suma de varios presentan semejanzas interesantes con los estilos castreños de la segunda Edad del Hierro, que es cuando las tradiciones cerámicas son más nítidas y se dan menos contaminaciones entre ellas (figura 10). Son parecidas el área de mercado de Buño y la estilística castreña septentrional, la tradicional de Bamio y la castreña de las Rías Bajas, aunque esta última ampliándola hasta la desembocadura del Miño y restringiéndola a la línea de costa. La suma de los mapas de mercado de Santomé-Ramirás, Ninodagua y Loioá das Olas, coinciden en parte con la tradición castreña que denominamos Miño, aunque con interesantes diferencias, ya que las populares actuales

Figura 10. Tradiciones alfareras de la Segunda Edad del Hierro reconocidas y áreas de mercado de la alfarería popular gallega equiparables.



Área de mercado de las vasijas de los alfareros de Buño.

Área de difusión de las vasijas de “barro cocido” de la alfarería de la fábrica de A Guarda.

Área de mercado de las vasijas de los alfareros de Ninodagua.

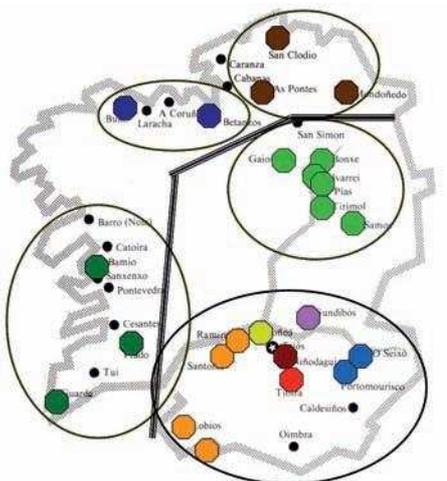


Figura 9. Áreas alfareras tradicionales con sistemas de producción compartidos.

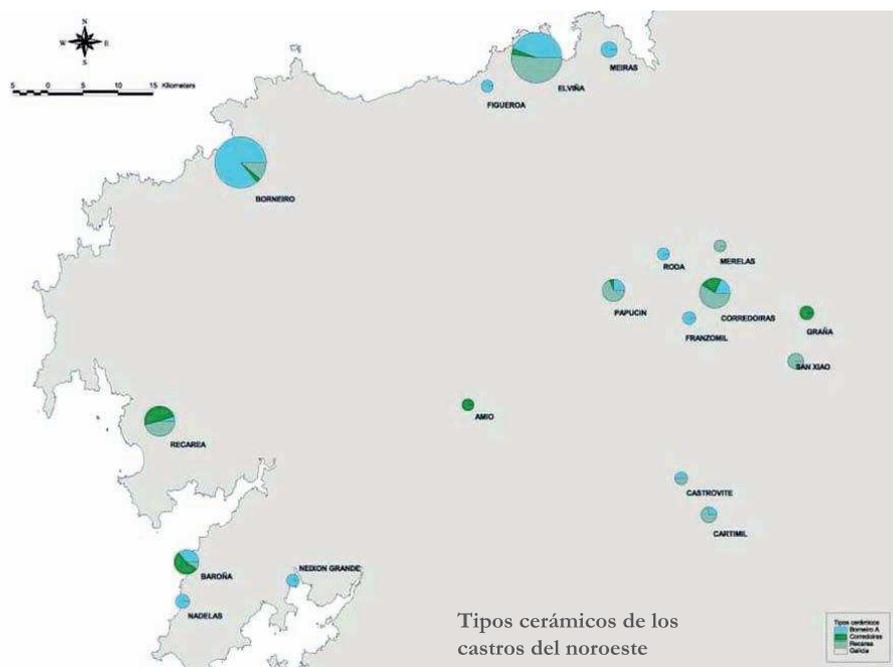


Figura 11. Mapa porcentual de tipos cerámicos consumidos en la cerámica castreña septentrional, de la Segunda Edad del Hierro (elaborado por Emilio Abad).

se orientan en mayor medida hacia el este y la castreña hacia el suroeste, dirigiéndose a la costa, donde el castro de A Forca consume en igual medida los productos del Miño y los de las Rías Baixas.

En ocasiones ocurre que en un mismo espacio geográfico puede haber tradiciones diferenciadas: Tioira y Niñodagua son lugares muy próximos y, sin embargo las formas de trabajo y la producción son diferentes (García-Alén 1983: 115). A Bouza, Santomé, Ramirás y Lobios comparten la estructura del torno y las formas de las vasijas, pero Lobios discrepa en la técnica de cocción. Por otra parte también se nos dice que no se vendían por igual las vasijas en las ferias,

cada una tenía, para un mismo alfarero, una demanda diferente (García-Alén 1983: 231).

En el mapa de distribución porcentual de tipos cerámicos del área septentrional en época castreña (figura 11), se refleja que dentro de la unidad territorial, que comparte un mismo tipo de producto, el consumo no es uniforme. Las grandes vasijas de almacenaje que llamamos “Borneiro A” (figura 12) tienen un éxito pleno en el castro que le da nombre. Elviña la consume en igual medida que las piezas singulares Recarea (figura 13), que suponemos un horno de pan, aunque no logramos recomponer su forma del todo. En cambio, la vasija Corredoiras (figura 14), que presenta escasa presencia en los castros

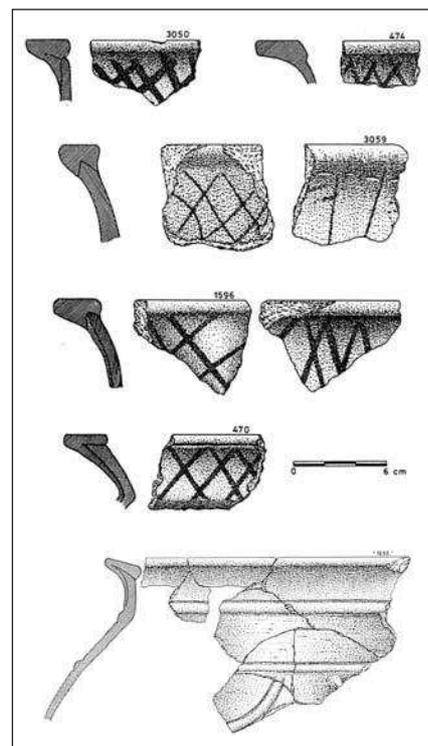
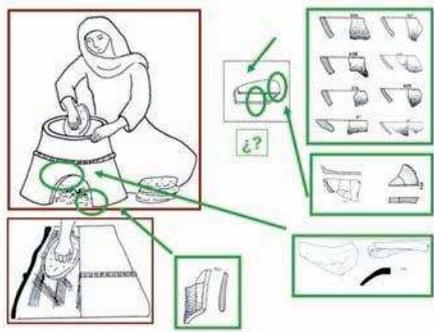


Figura 12. Tipos cerámicos consumidos en la cerámica castreña septentrional, de la Segunda Edad del Hierro: fragmentos de “Vasijas Borneiro A” (Rey 1998: XXXV y XXXVI) (Dibujos de Anxo Rodríguez Paz).

anteriores alcanza cotas de máxima presencia en el de Recarea y Baroña.

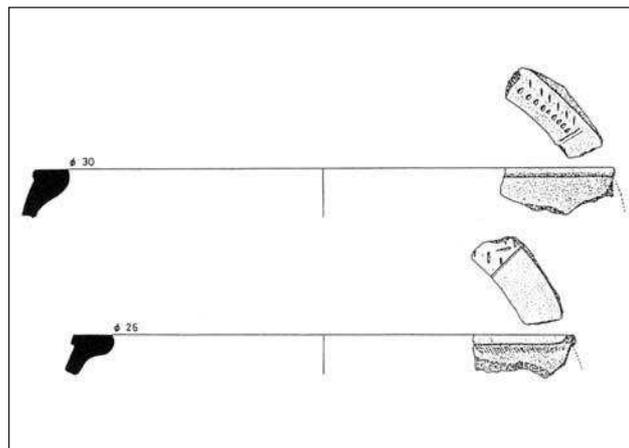
En todo ello puede que tenga que ver, por ejemplo, que los castros de Recarea y Baroña también adquieren productos de las Rías Baixas. La proximidad del castro de Elviña al puerto de Brigantium, y el importante porcentaje de productos importados que consume, se opone a los hábitos de Borneiro, donde la cerámica indígena es casi el 99% frente a la importada.



**Figura 13.** Tipos cerámicos consumidos en la cerámica castreña septentrional, de la Segunda Edad del Hierro: fragmentos de “Piezas Singular Recarea” (Gutiérrez 1991: 66 y Rey 1992).

Otros aspectos sobre la conducta geográfica, que la alfarería popular nos ofrece, son los relacionados con los sistemas de distribución de las cerámicas. La transportan, por tierra, en fajos atados con una cuerda, metidos en sacos de “mustil”, con paja o helechos; en grandes cestos expresamente contruidos para este uso, como “os paxes” de Betanzos, “os goxos” en Mondoñedo o “os cestos para os Oleiros” que se hacían en Corcoestro para los alfareros de Buño. Se llevaban sobre la espalda o en la cabeza. Cuando estaba a su alcance utilizaban un burro llevado de la mano o un carro de vacas y el alfarero también iba cargando (García-Alén 1983: 38).

El comercio por mar fue más ágil y con menos riesgos de accidentes. Buño, Bamio o A Guarda, emplearon barcos de vela para transportar y vender en los pueblos de las Rías Baixas. Buño también vendía por la costa asturiana y portuguesa (García-Alén 1983: 38). Las familias de navegantes de Muros y Noia utilizaban en su mesa vajilla de Bristol, adquirida en el puerto de Cardiff (García-Alén 1983: 41).



**Figura 14.** Tipos cerámicos consumidos en la cerámica castreña septentrional, de la Segunda Edad del Hierro: fragmentos de “Vasijas Corredoiras” (Rey 1998: LXXX) (dibujos de Gonzalo Meijide).

Si la extensión de las áreas de mercado tradicionales y las castreñas tienen proporciones parecidas y el nivel de estandarización también es parecido ¿podríamos hablar entonces de procesos de producción semejantes? Habrá que analizar cada paso del proceso de producción con más detalle.

## 6. SERÍA BUENO ENCONTRAR LOS LUGARES DE PRODUCCIÓN

Está claro que es un tema pendiente el identificar los centros de producción castreña. Para conseguirlo es preciso diseñar la búsqueda y los sistemas de identificación de una determinada evidencia, ver si se podrían detectar las acciones que forman parte de los procesos productivos en el registro arqueológico y cómo hacerlo (Orton et alii 1997: 29). Nuestros procedimientos de búsqueda están diseñados en función de cómo concebimos una actividad, y ello condiciona la fisonomía de lo que encontremos (Mayoral y Chapa 2007: 12). Por eso es tan necesario sistematizar el es-

quema técnico, con los detalles precisos, para crear un modelo.

Este tipo de objetivos hoy están arropados por una línea de investigación arqueológica en auge creciente sobre el mundo del trabajo. Los especialistas la denominan “estudio de la vida cotidiana”, “historia de la cultura material” “Arqueología de la producción” o “Arqueología del trabajo”. Dentro de ella, cada objeto es el resultado de un conjunto de procesos técnicos y tecnológicos, que van desde la selección y captación de la materia prima, hasta su transformación, uso y abandono.

El primer paso es construir la cadena técnica, que se compone de acciones, espacios, instalaciones y herramientas. Lo segundo apreciar y preveer lo que esto significa arqueológicamente: la evidencia que se conserva, cual no, en que modos se manifiesta y los requerimientos de extracción y registro que se precisan. Diseño de cautelas o protocolos para una acción; por ejemplo, el amasado, a través

de la evidencia directa -la pella de barro- o por las consecuencias que crea en el producto final, que pudo llegar a buen fin o resultar fallido.

En esta línea de trabajo, la cadena operativa -serie de operaciones que llevan a una materia prima de su estado material a un estado fabricado- es una herramienta fundamental de análisis. Su reconstrucción sistemática permite enfrentarnos con sus variantes, y por lo tanto a la vez con sus 'columnas vertebrales', con los componentes estratégicos que no pueden modificarse sin arriesgar toda la cadena, y con los grados de libertad y las opciones que los autores se pueden permitir. Es la mejor manera de deducir (o inferir) los esquemas mentales y las maneras preferidas de hacer las cosas (Pie y Vila 1992: 276).

Un paso más adelante de la cadena técnica se encuentra la perspectiva teórico-metodológica de los procesos de producción, que considera a los objetos como parte de un proceso productivo, que está en relación con las estrategias económicas de las comunidades, así como con las tradiciones tecnológicas en la que estos individuos están inmersos. Se diferencia del estudio de cadenas operativas en la jerarquía de los criterios más importantes: uso "versus" técnica (Pie y Vila 1992: 276).

A la hora de incorporar todos estos enfoques en el análisis cerámico, es preciso recordar que los conocimientos de la alfarería popular y la castreña son empíricos; un saber hacer no escrito, que se aprende con la práctica, que se rige por una secuencia de elecciones y de operaciones fijadas por las reglas del arte aprendidas de un maestro, las cuales debe seguir,

si quiere estar seguro del resultado (Mannoni y Giannichedda 2003: 28).

También es importante acordarse que existen analogías en las que el principio general involucrado no es social, sino físico, o químico, y que, por tanto, son universales y no están sujetos a las condiciones de historicidad (Gándara 2006: 21). A esta categoría pertenecen muchos de los gestos técnicos y sus resultados. Así en condiciones idénticas, las mismas operaciones técnicas dejan trazas materiales similares (Mannoni y Giannichedda 2003: 16).

Otro aspecto a considerar es que los trabajos de alfarería son muy extensos y complejos, con una larga sucesión de acciones realizadas de maneras diferentes. Dentro de ella hay actividades que requieren un mayor nivel de destreza. El modelado y la cocción, sobre todo, subordinan las demás funciones, que pueden ser delegadas bajo la supervisión del alfarero, como la extracción de arcillas, el amasado, el secado o la venta.

Otra peculiaridad del ciclo productivo de la alfarería es que puede ser abarcado en su totalidad por los mismos artesanos, que son capaces de acometer cualquier operación. La metalurgia, por el contrario, se divide en fases y secciones especializadas, a causa de su propia complicación y de las distancias entre los lugares de extracción y los de elaboración, que implica a sectores socioeconómicos diferentes, pero también a sociedades heterogéneas (Mannoni y Giannichedda 2003: 29).

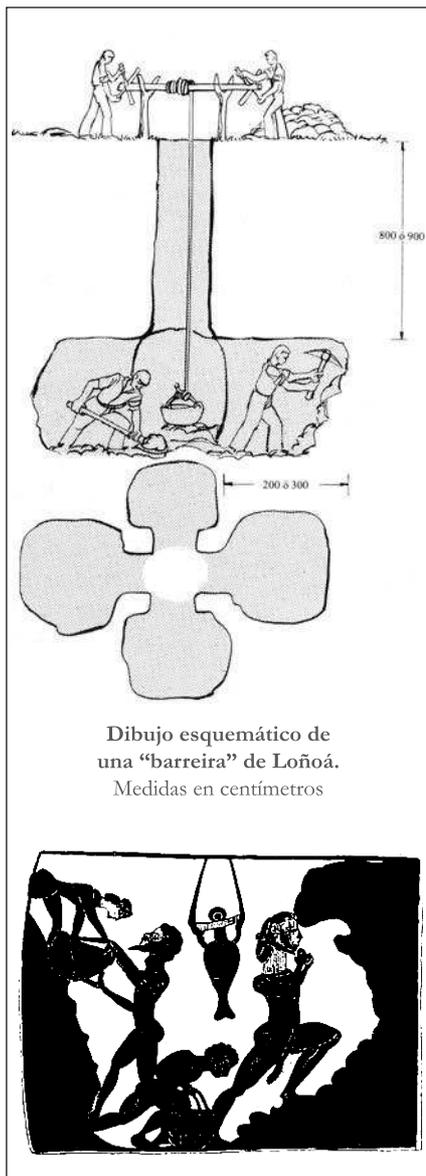
Cabe insistir, asimismo, que para alcanzar todas estas pretensiones, partimos únicamente de los hallazgos arqueológicos, que generalmente están constituidos por desechos, lo cual dificulta las interpretaciones.

## 7. PROBEMOS CON EL PRIMER ESLABÓN: "AS BARREIRAS"

Se nos antoja que los sistemas y criterios de extracción de arcillas en la cultura castreña, a partir de la segunda Edad del Hierro, debieron ser parecidos a los de la alfarería popular. Los argumentos para hacerlo son el volumen de piezas consumidas, el tamaño de muchas de ellas, las calidades de las pastas, con texturas muy variadas según el tipo de vasija, desde gruesas a muy finas (Rey y Soto 1997).

Consideremos las acciones, herramientas, consecuencias y evidencias que aparecen en la síntesis de García Alén:

- La primera acción, la búsqueda  
Los alfareros de A Terra Chá clavan una barra de hierro aguzada "o espeto", de aproximadamente metro y medio de largo (García-Alén 1983: 192). Desde el punto de vista arqueológico es una operación que no deja huella.
- La segunda, la extracción  
La primera analogía etnográfica, la obtenemos entre un párrafo de García Alén (1983: 192) y las representaciones griegas (figura 15) que ilustran esta actividad. Dice García Alén: "Cada alfarero extrae personalmente su barro de la «barreira», ayudado por dos hombres, uno para cargar el barro en cestos de varillas o astillas de sauce, mediante una pala; otro para subir hasta la boca de la «barreira», donde las mujeres lo recogían y trasladaban". Se hace con las mismas herramientas de las faenas agrícolas —una azada o un azadón- y más modernamente con «o picacho do barro» de fuerte constitución, "el sacho del barro", de hoja y mangos pe-



Dibujo esquemático de una "barreira" de Loñoá.  
Medidas en centímetros

Figura 15. Imágenes de la extracción de arcilla en plaquetas corintias del S. VI-V aC (D' Anna 2003: figura 2) y en la alfarería popular (García Alén 1983: 133).

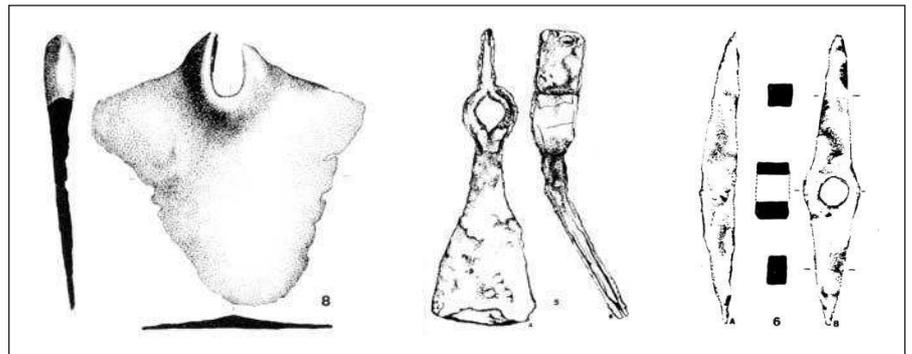


Figura 16. Utillaje agrícola de finales de la Segunda Edad del Hierro, de los castros portugueses de Sabroso, Sanfins y Romariz (Silva 1986: Est. LXXXVIII).

queños, para excavar el filón (García-Alén 1983: 192), el mismo instrumental que en la cerámica popular canaria de la Hoya de Pineda (Rodríguez et alii 2006: 213). En la cultura castreña, este instrumental técnico lo encontramos desde finales de la segunda Edad del Hierro y se parece al tradicional actual y por lo tanto disponen de los mismos medios tecnológicos (figura 16). Pero, lo que no se constata es la actividad en sí misma, al tratarse de herramientas no especializadas.

Las evidencias estructurales que produce la extracción son las marcas en el terreno, como los pozos o el conjunto de barreras. Los pozos son la unidad de explotación particular, con el ancho suficiente para dos o tres personas (unos 2 metros), para el que extrae, el que carga los cachos y el que sube el barro a la superficie. Tienen de 2 o 3 de profundidad, hasta alcanzar el barro deseado. Los "Barraxeiros de Samos" lo encontraban a un nivel muy superficial y no precisaban pozos profundos (García-Alén 1983: 234). Otras veces es preciso atravesar varias capas (la superficial de tierra y una de barro muy arenoso) para

encontrar, debajo, el filón de barro de calidad, una capa fina que se asienta en "o lar do barro" que ya no interesa.

El beneficio de los filones de barro "os meliores dentes do barro" forma galerías horizontales o minas, cuya longitud era equivalente a la de un hombre estirado, con los pies fuera de la mina. La altura guarda relación con el grueso de la veta y el volumen de una persona en cuclillas o tumbado. Se dejan columnas térreas o cepas entre cada dos galerías, para evitar derrumbes. Muchas veces la barrera se escalona en uno de los lados para poder descargar la arcilla (García-Alén 1983: 192).

La barrera, en su conjunto, es la suma de muchos pozos con sus galerías, que se yustaponen o se interfieren, se conservan o se alteran con intervenciones sucesivas o por su permanencia a lentemperie. En "A Campa de Outonais", en la barrera de Lourido Pequeno se apreciaban unas grandes hondonadas o "baiocas" por la gran cantidad de barro extraído (García-Alén 1983: 234). En el monte O Picato, la barrera de A Terra Chá, quedó tan llena de agujeros que es peligroso atravesarlo (García-Alén 1983: 193).

El producto derivado de la tarea extractiva es el barro. Recien extraído, presenta la forma de bloques secos, que se acumulan en las inmediaciones o se trasladan al taller.

Son dos las categorías de arcillas que se extraen: la que se desecha (el “barro zurudo”, muy arenoso) y la que se busca (el «barro de freba» o «disil», de buena calidad) (García-Alén 1983: 192). El primero, en teoría debe dar lugar a acumulaciones o escombreras importantes, que para la arqueología sería interesante tipificar. El segundo, rara vez debería aparecer en la forma original. Serían aquellos retazos que quedaron pendientes de traslado en la barrera, o el que quedó a la espera de ser amasado, en el taller.

Para la reconstrucción de esta parte de la cadena técnica es indispensable, por tanto, el conocimiento de la región donde se pretenda llevar a cabo un análisis cerámico. Debemos contar con una buena cartografía geológica y de buenos trabajos regionales. Es recomendable, siempre que sea posible, la recogida sistemática de muestras actuales de arcilla del área en estudio, potencialmente utilizables, con el fin de contrastar los resultados de la caracterización (García-Heras 1992: 265). Sobre este aspecto, García Alén (1983: 54) menciona la existencia de análisis de barros en la mayoría de los centros alfareros gallegos, una fuente de información que los arqueólogos de este ámbito geográfico aún no hemos explorado.

Puesto que las arcillas extraídas son susceptibles de análisis de elementos químicos, que determinen su procedencia, también es importante considerar las categorías que García-Heras (1998: 227) nos propone. Una es la fuente y otra el origen. La primera hace referencia al punto con-

creto donde se recogió la arcilla: la barrera, el estrato arcilloso o las arcillas de una cuenca. El segundo se refiere a la zona geográfica. Un dato interesante para componer el calendario de trabajo es la insistencia en que la extracción del barro se hace preferentemente en verano y sobre todo a finales, cuando las tierras tienen menos humedad y los riesgos de desplome son menores. En Bonxe se hace por la segunda quincena de agosto, al día siguiente de la fiesta parroquial de San Mamede; en Terra Chá especialmente en setiembre; en Tioira en los meses de setiembre y octubre (García-Alén 1983: 192).

- El transporte, la tercera

De la barrera se transporta al taller en carros, un carro por alfarero. Cada hornada es un carro; una hornada por mes son 12 carros (García-Alén 1983: 193). Cabe preguntarse entonces ¿cuántos kilos de barro son por carro o por hornada? ¿Cuántos carros de una barrera? ¿Cuántas vasijas dan un carro o una hornada? ¿Y una barrera? Una recopilación etnográfica sistemática de información sobre estas y otras cantidades, nos permitiría hacer cálculos a la inversa, en la cerámica castreña. Desde el total de vasijas por poblado podríamos calcular la entidad de las barreras.

Para saber de las cantidades de barro extraído, transportado y empleado, precisamos de los datos etnográficos, ampliando el nú-



**Figura 17.** Horno del Castro de Castromao (Celanova, Ourense) (foto cedida por el Museo Arqueológico Provincial de Ourense).

mero de preguntas, ya que la evidencia arqueológica no ofrece demasiadas opciones. Nada sabemos de los pozos de extracción para calcular el volumen, ni de los carros, ni de la capacidad de los hornos, ya que no se conservaron completos. Sabemos el diámetro de sus parrillas pero no su altura (Coll 2000), en parte por los procesos destructivos; pero, también es probable que como nos indica la información etnográfica, la capacidad del horno esté en función de la carga disponible para la cocción, ya que la parte superior crece y se construye con la acumulación de las vasijas para el horneado. Un caso diferente son los hornos “portátiles”, como el aparecido en Castromao (Fariña 2001), que nos ofrece una cavidad cerrada, cuyas medidas puestas en relación con las cerámicas del castro, podrían ofrecernos datos interesantes (figura 17).

En los castros podría ser posible el mismo sistema de transporte, ya que el empleo de carros en la prehistoria se va más atrás de la Edad del Hierro, aunque de su evidencia directa nada tenemos. Existen marcas de su paso (las roderas) en el castro de San Cibrán de Las, cuya ocupación transcurre a finales de la Edad del Hierro, en torno al cambio de era.

- El Machacado, majado o desmenuzado de bloques, la cuarta  
El barro transportado de la barrera se coloca sobre un «cepo», hecho con un tronco de árbol, donde se maja o deshace. Se desmenuza con la ayuda de una hoz de hierro provista de un mango de madera (García-Alén 1983: 234), con mazas de madera, o con rodillos de piedra (rulós), que también se usan en el desterronado y mantenimiento de los campos o en el pavimentado de las eras (Mayoral y Chapa 2007: 84 y Rodríguez et alii 2006: 213).
- La quinta, la depuración del barro  
La intención es separar las inclusiones no deseadas (raíces, piedras gruesas y arenas), que arriesgan la cocción. Se escogía con las propias manos, se cribaba, se decantaba con agua, en balsas poco profundas. Una segunda fase del depurado es la pudrición o el curtido, que busca la descomposición de cualquier resto de materia orgánica que hubiera en la pasta. La arcilla batida y reposada, una vez pierde agua y cobra consistencia suficiente, se retira en bloques y se guarda en un espacio húmedo y sombreado para su «pudrición». En estas despensas el barro podía permanecer mucho tiempo. Entre los alfareros tradicionales poseer una buena reserva de arcilla daba

prestigio y un rico patrimonio (Mayoral y Chapa 2007: 84). Los «Barraxeiros de Samos» depositaban el barro en bloques al lado de la casa, en una superficie especialmente acondicionada de losas de piedra o de barro endurecido, donde permanecía a la intemperie para que la lluvia y el sol lo curtieran (García-Alén 1983: 234). En «A Terra Cha» el barro estaba fuera de la casa, «no barreiro», espacio inmediato a la edificación, con un suelo y espacios delimitados de losas; el número de estos variaba en función de cuantas clases de barro se empleasen (García-Alén 1983: 193).

- La sexta, el amasado.  
Busca una pasta homogénea y la plasticidad adecuada para el modelado. Esta acción conlleva la clasificación de arcillas en función de su plasticidad o «liga», y de la densidad y coloración que adquieren después de la cocción (García-Alén 1983: 54). El siguiente paso es la selección de una arcilla en concreto, que no precisa ser transformada, la mezcla de varias en las proporciones adecuadas o la alteración de las cualidades de una de ellas mediante el añadido de desgrasantes.

Cualquiera de estas labores busca modificar las propiedades de la arcilla, reducir el exceso de plasticidad, facilitar el secado, lograr una mayor resistencia durante el proceso de cocción y durante el uso, aumentar la porosidad, evitar roturas o compresiones durante la cocción (Eiroa 1999: 150 y Mayoral y Chapa 2007: 85). La plasticidad adecuada es importante para que el barro se haga mejor, que las vasijas suban, que las paredes se aguanten, que «termen», que no se vengán abajo, que «non se estiliquen» por un barro excesivamente plástico (García-Alén 1983: 191).

En Silvarrei, en las barreras del monte Ramil sacaban un barro de tal calidad que se empleaba tal como salía del terreno (García-Alén 1983: 193). El barro de Monte Ramil iba muy bien para las piezas grandes como las «ámboas». El barro blanco, del mismo monte, se empleaba en las piezas «finas» de mesa. Los «Barraxeiros de Samos», aunque diferenciaban varias clases de arcillas, empleaban una sola clase para todas las vasijas y preferían la de color amarillo «rubio» o «roxoxo». La arena que contenía servía de desgrasante (García-Alén 1983: 235). Los alfareros de Terra Chá conocían el barro «relo» como «barro de San Lourenzo» o «do Picato», los nombres de los dos lugares donde se extraía.

En Terra Chá combinan dos tipos de arcilla: el «barro de freba», de color rojo, muy plástico, de más liga, y el de «relo», de color blanco, azulado o castaño, de poca plasticidad, de menos liga (García-Alén 1983: 193). Los artesanos de Buño diferencian los barros «finos ou de corpo ou de liga» y los barros «escamentos ou zorras», menos plásticos. Las proporciones varían según la forma y tamaño de la vasija. La proporción más empleada son veinte partes de barro «fino» por seis de «zorra». En la comarca de Gundivós combinan un barro «forte ou ligoso», conocido como «barro correudo», con otro arenoso que denominan «barro faragullám» y con uno «roxoxo», que se extrae más en la superficie, éste último para obtener vasijas oscuras (García-Alén 1983: 54). En Niñodagua, cuando una pieza debía ir al fuego se le añadía cierta proporción de barro arenoso.

El añadido de desgrasantes o una selección de arcillas en función de los recipientes que

se pretendían elaborar, se constata en arqueología desde el neolítico, en yacimientos granadinos, por ejemplo (García-Heras, 1998). Las diferentes texturas identificadas en las cerámicas castreñas de las Rías Baixas y tradición Miño, desde la segunda Edad del Hierro, que van desde las muy gruesas a muy finas, indican la existencia de este tipo de laboreo (Rey y Soto, 2002). La “vasija Borneiro B”, en concreto, parece haber preferido una pasta poco tratada con inclusiones naturales no añadidas, de gran tamaño y de alta esfericidad y redondez (Rodríguez-Corral 2007).

El amasado del barro, convenientemente humedecido, se hace con las manos, con los pies descalzos o con mazos, en el suelo, sobre una piedra lisa (García-Alén 1983: 234; Rodríguez et alii. 2006: 213 y Mayoral y Chapa 2007: 84).

Las cantidades de barro que se amasan varían en función del sistema de amasado y del destino inmediato. Los “barraxeiros de Samos”, con las manos forman “bolos” de diverso tamaño, proporcionado al calibre de cada vasija que se va a modelar (García-Alén 1983: 234). Los alfareros de A Terra Chá, conforme necesitan, disponen un montón de barro “o barreiro» sobre “a pedra do barro”, de unos dos metros y medio de diámetro, situada a nivel del suelo. Lo pisan con “mazos de pau», que son de distinta longitud y tamaño, según los maneje un hombre o una mujer. Están hechos con madera de álamo, fresno, boj o aliso. También utilizan un trozo de eje de un carro del país, de roble. Años atrás lo hacían pisando el barro con los pies descalzos. El montón de barro pisado se denomina “empiada”, que se fragmenta en pellas o “bolos”, de unos cincuenta kilogramos de peso, que constituyen

el trabajo diario o “tarea”. Cada “bolo” se sitúa sobre una tabla bien seca “a mesa do barro” o mesa de gramar, que antiguamente era un cepo ancho de roble, donde se brega, o grama, estirándolo con la cara ventral de las manos y después amasándolo fuertemente con los puños cerrados. De la masa de barro gramada se van cortando distintos cachos o “fondos”, según la pieza que se quiera modelar. Luego, se colocan en las tablas situadas junto al torno y, por último, se trocean con la mano o se cortan con “a trencha do barro”, que es un trozo de alambre fino (García-Alén 1983: 194).

Nos preguntamos, a cuál de las tres unidades de barro amasado corresponde la pella encontrada en una casa del Castro de Laias (Cenlle, Ourense) (Álvarez y López 2000: 529). En principio, por el lugar en que apa-

rece y la presencia de marcas de dedos, deberíamos pensar en un “cacho o fondo”, la unidad de barro adecuada para la elaboración de una vasija en concreto; parece claro que no se trata de una “empiada o barreira”, que por su volumen requiere una localización más precisa -un espacio y una estructura concreta, en el suelo- y además no admite el amasado con las manos.

Sobre la posibilidad de se trate de una alfarera, por la finura de los dedos, o en todo caso, de un alfarero “joven”, cabe hacerse la pregunta de si la alfarería castreña estaba en manos de mujeres y si las alfarerías como las de Portomourisco y Ramirás, en la Galicia interior, donde se empleaba el torno bajo (García-Alén 1983: 233) son un fósil de ese trabajo femenino. Para descartar la idea de continuidad y de relaciones concretas de género con los oficios, cabe resaltar que, en todo caso, el área alfarera castreña en que se contextualiza esta pella de barro, posee un alto nivel tecnológico para la época y es una de las más apreciadas.

La cantidad de barro amasado por día guarda relación con el trabajo diario, el cual variaba en relación con el tamaño o a la dificultad de las piezas. En A Terra Cha, la tarea estipulada por día son 20 “barreiros para la zorza” o 40 piezas “grandes” o 60 piezas “medianas” o 72 de “a tres” o 20 docenas de “platos” o entre 30 y 50 docenas de “tazas” (García-Alén 1983: 190). En la cerámica tradicional de Hoya de Pineda hacen unas 20 o 30 piezas por día (Rodríguez et alii 2006: 212).

En la cerámica castreña se ensayaron algunos tiempos de ejecución de piezas concretas. Una “jarra Toralla” (figura 18) se puede hacer en 20 minutos escasos.

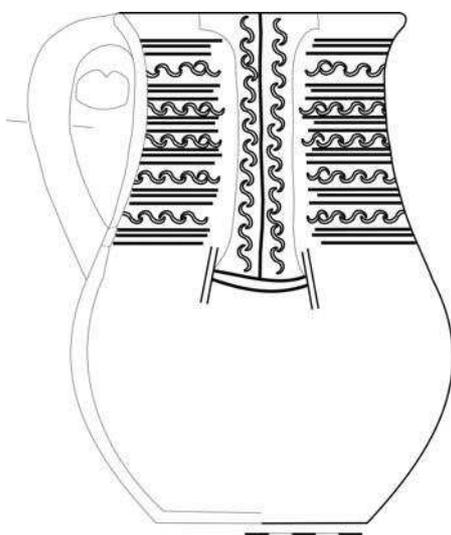
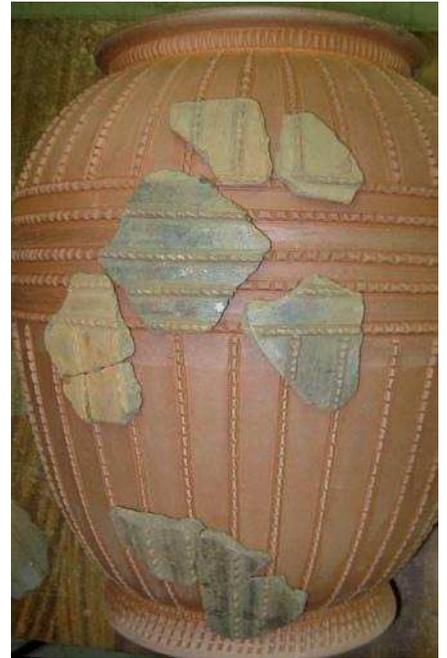


Figura 18. Reconstrucción de una “jarra Toralla” del castro de Punta do Muíño, Alcabre (Vigo) (Rey 2007) (dibujo de Nuria Calo Ramos).



**Figura 19.** Reproducción experimental de una “vasija Borneiro B” (fotos de Javier Rodríguez Corral).

Para una “vasija Borneiro B” (figura 19) de gran tamaño se emplean unas 20 horas de trabajo directo, y cinco días si contamos los tiempos de espera precisos para su construcción por módulos (Rodríguez-Corral 2007).

Estos cálculos de tiempo experimentados y los que actualmente conseguimos a través de las vasijas recuperadas en las excavaciones, tal vez nos ofrezcan una vía para concretar algo más en los procesos de producción. Ciertamente que los cálculos, tienen la misma problemática que nos presentan los arqueozoólogos con el recuento de animales a partir de una fracción anatómica. En nuestro caso, hablamos de un número máximo de vasijas, ya que su reducción está en parte relacionada con el tiempo y los procedimientos dedicados a su reconstrucción.

El recuento también está condicionado por la estrategia seguida en las excavaciones: los fragmentos recogidos y los excluidos, y finalmente los que son considerados en el siglado, el registro y en la clasificación final, donde se lleva a cabo el trabajo de reconstrucción.

Ante la falta de un criterio acordado en todo el proceso de recuperación, hoy por hoy, es imposible comparar los datos entre yacimientos, ya que, detrás de los recuentos totales que hemos llevado a cabo, se esconden estrategias de recogida, registro y clasificación diferentes. Aun así, obtenemos la impresión de que hay actitudes diferenciadas en el consumo y por lo tanto en los volúmenes de barro extraídos y empleados. El volumen de vasijas recogidas en una única campaña, en Toralla o en

Achadizo, que puede alcanzar varios miles, contrasta con el reducido número recuperado en Recarea, o en los castros del Deza, donde el recuento es de varios cientos. Detrás de estas oscilaciones, además de las estrategias metodológicas de campo y laboratorio que encierran, también están otros factores aun pendientes de evaluar. Presentan un consumo más de derroche en la línea de costa (figura 20); pero, también da la impresión de que detrás del reducido porcentaje de consumo en el Castro Grande de O Neixón, Santa Trega o Elviña, hay una relación con el consumo de otro tipo de productos, que son las vasijas de importación. El castro de Alcabre, que proporcione un porcentaje importante de ambos tipos de productos, ofrece, sin embargo, una actitud diferente, a la que habría que buscar una explicación.

## 8. EL CAMINO INICIADO Y LO QUE QUEDA POR ANDAR

Con la alfarería tradicional de hoy, a los arqueólogos nos quedan pendientes todavía muchas opciones de análisis. Una de esas cuestiones pendientes es recuperar partes del recuerdo que aun permanecen; pero, también tenemos la oportunidad de hacer un registro más activo, al contar con la disponibilidad ofrecida por los nuevos alfareros para colaborar con nuestras cuestiones; y ello, por diversas razones: porque sienten curiosidad, porque les abre nuevas alternativas de producción, porque se promocionan, porque es lúdico o por la razón que sea.

La cocción tradicional, que Buño realiza el primer domingo de agosto, desde 1999, en el marco de un proyecto impulsado por la Diputación de A Coruña, es una oportunidad única para observar cómo actúan los alfareros, en los antiguos hornos abandonados y con los viejos sistemas de cocción. Es el momento de observar qué comentan entre ellos; qué valoraciones hacen los más viejos sobre los productos de los más nuevos; las denominaciones que emplean; cómo va la carga del horno, la cocción o que cerámica está en condiciones de cocer bien y cual corre el riesgo de accidentes; los nombres que le dan a las roturas, etc (figura 21)

Esta actividad ofrece, además un potencial para el experimento arqueológico, especialmente para el de cerámica castreña del área septentrional o, más concretamente, para la cerámica del castro de Borneiro, que les queda próximo y es lugar de visitas guiadas. Podría llegar a hacerse algo semejante a lo que describen Renfrew y Bahn (1993: 317) sobre siderurgia primitiva en el noroeste de Tanzania, hecha por un pueblo, que hoy en



**Figura 20.** Basurero con abundantes restos de cerámica en el Castro de O Achadizo (Cabo de Cruz, Boiro) (Concheiro 2008: 26).

**Figura 21.** Fiesta de la cocción tradicional de Buño, el primer domingo de agosto.



día trabaja la metalurgia con herramientas actuales, pero que poseían tradiciones orales concernientes a los procedimientos siderúrgicos que desarrollaban 50 o 60 años atrás y que aun recordaban los viejos herreros. Ellos estaban dispuestos a recrear la experiencia, para compararla luego con la de yacimientos arqueológicos próximos.

De hecho, hicimos la primera intentona dentro del curso de posgrado, del 2005-2006 sobre arqueología, realizado en la Universidad de Santiago de Compostela, en la que se incluyó un seminario de experimentación cerámica. Se incluyó el caso particular de una vasija castreña del área septentrional, de-

nominada “Borneiro B”, que procede de dicho castro. Lo desarrollaron un arqueólogo (Javier Rodríguez Corral) y un alfarero de Buño (Antonio Manuel Pereira Rodríguez “O Rulo”) con las siguientes funciones: el arqueólogo solicita y observa y el alfarero reacciona y actúa. Podríamos denominar a este trabajo una experimentación tutelada, una combinación de arqueología experimental y arqueología (figura 19).

La base fundamental para que surgiera esta iniciativa fue precisamente la fiesta de Buño y, por supuesto, los trabajos previos sobre la cerámica de Borneiro (Rey 1992, Rey y Soto 2002, Calo 1999), que propiciaron las pre-

guntas y el desarrollo de esta línea de trabajo. El material obtenido le sirvió al arqueólogo para sus estudios en la línea contextual y estructural, dentro de lo que Lemonier (1992) denomina Antropología de las técnicas (Rodríguez Corral: 2007). Entre sus objetivos estaba el pensar la materialidad y más concretamente la cerámica castreña, averiguar cuáles fueron los procesos sociales y estructuras que condicionaron su producción y que “rol” social y técnico tuvo a su vez el objeto producido, entendiendo que la cerámica también es agente constructor de realidad, y que las piezas están vivas y juegan papeles activos dentro de la construcción de la sociedad, tanto como los individuos mismos (Rodríguez-Corral 2007).

A raíz del congreso de ceramología, en el que se incluye este trabajo, se entablaron nuevos contactos con alfareros, que propiciaron planes para futuros proyectos en este curso académico, dentro de la docencia reglada de la asignatura “Tecnologías protohistóricas”. Su experiencia nos ofrece la oportunidad de incorporar ensayos experimentales que se recreen en casuísticas propias de los yacimientos gallegos y que, por su complejidad, no podrían formar parte del programa docente.



Figura 22. Arqueología experimental con fines didácticos, dentro de la asignatura Tecnologías protohistóricas, en la USC.

En esa asignatura, la línea argumental de las lecciones que la componen, se rige por la reconstrucción de cadenas técnicas y de los procesos productivos en que se enmarcan, a partir de los oficios tradicionales. Dentro de ella, la arqueología experimental constituye un recurso didáctico para entender con la propia práctica las afirmaciones de los manuales académicos sobre los diferentes procesos técnicos, comprender mejor la abstracción e incorporar las interpretaciones que se nos ofrecen con un espíritu más crítico y también, como no, más lúdico (figura 22).

Es cierto que este ensayo didáctico, no es exactamente experimental; pero, es el germen para conseguirlo. De hecho, ya se han abierto varias líneas de trabajo con esta perspectiva.

Otra vía interesante para impulsar es el de una arqueología aplicada hecha en estrecha colaboración con el arqueólogo y la arqueología experimental. Las reproducciones de vasijas encontradas en excavaciones arqueológicas gallegas, para comercializar (figura 23) nos ofrecen una imagen aproximada de lo que pudieron ser, pero no consideran los procesos de elaboración que les afectan. Su aspecto, por lo tanto, no alcanza a ser del todo el original.

Entre los asuntos pendientes, para seguir avanzando, enunciaríamos unos cuantos:

- Es necesario un desarrollo del registro etnográfico de la cerámica popular gallega, bajo la perspectiva arqueológica, que se anuncia muy fructífera. Los datos arqueológicos y los etnográficos no son ontológicamente idénticos, porque los modelos y las formas de las etnografías no tienen por qué coincidir

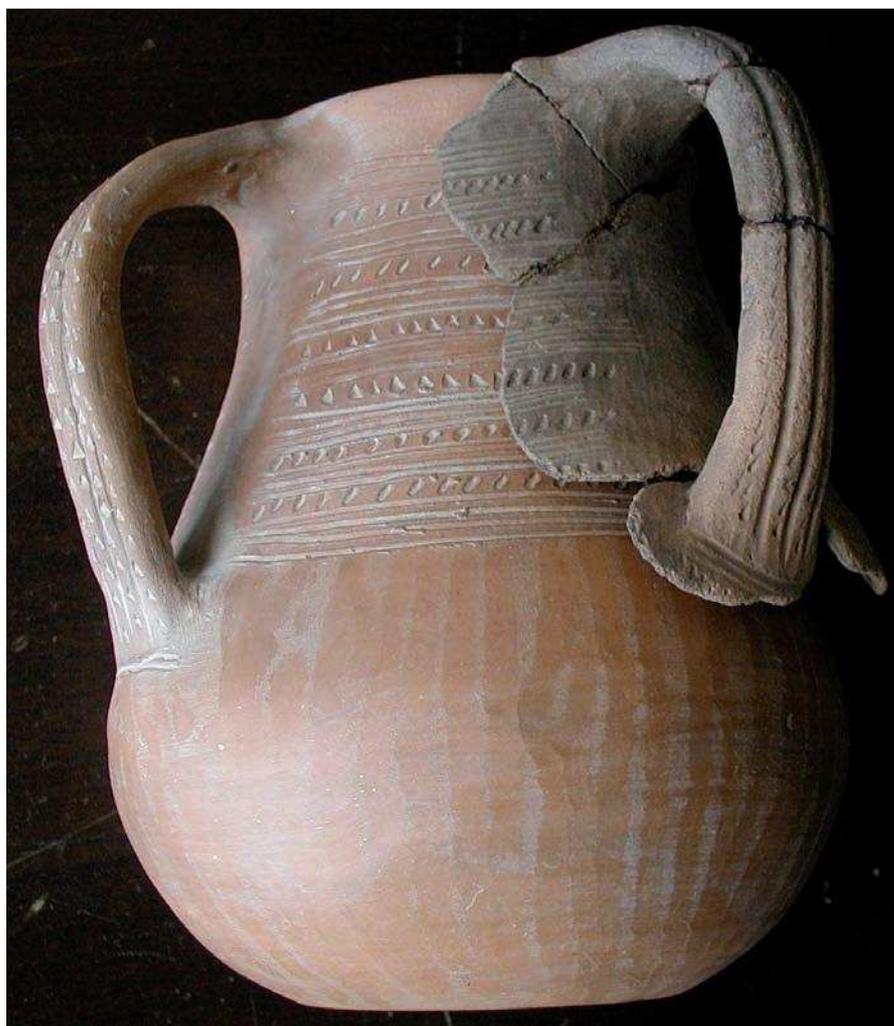


Figura 23. Reproducción comercial de una "Jarra Toralla"

con los técnicos, del estudio sistemático de la cultura material, que desarrolla la arqueología. Es muy difícil encontrar estudios etnológicos que se puedan utilizar con propiedad como analogías para la Prehistoria (Hernando 1995: 18). Es preciso desarrollar, por tanto, lo que se de-

nomina «Arqueología viva», «etnografía arqueológica», «arqueoetnografía» o «arqueología de acción», para los estudios etnográficos de sociedades vivas, contemporáneas, realizados por arqueólogos o etnógrafos entrenados arqueológicamente, «con especial referencia a la pauta

de comportamiento "arqueológica" de esas sociedades» (Hernando 1995: 19). Se trata del desarrollo de un nuevo tipo de Antropología que está basado en las habilidades de observación e interpretación que son peculiares de la Arqueología.

- La intromisión que hemos hecho en la explotación de las arcillas, está visto que es rentable; pero, quedan muchos apartados de la cadena técnica y de los procesos de producción, además de ampliar el de arcillas.
- Una vía muy fructífera, que apenas tuvo un comienzo en la cerámica castreña y ya se quedó interrumpida, es la de los análisis arqueométricos, o de aplicación de otras ciencias al análisis arqueológico, bien sean químicos o físicos. A través de ellos podremos reconstruir aspectos de su proceso de producción; identificar el origen de las arcillas con el que están hechas las vasijas, los sistemas de cocción, rasgos relacionados con el amasado y la selección de arcillas, con el modelado y con los usos a que se han destinado las piezas. Y se hace, en muchos casos en términos demostrativos, una cualidad que no contienen las analogías etnográficas y la experimentación.
- Y, por último, hay que insistir en que todas estas vías de trabajo el registro arqueológico -los análisis arqueométricos, la experimentación y la analogía etnográfica- se ha de hacer coordinado, ya que un análisis arqueométrico, por ejemplo, sin una cuestión formulada previamente desde la arqueología, carece de valor interpretativo. Es preciso que la oferta de un laboratorio entienda los requerimientos del arqueólogo y a la inversa, para que la interdisciplinariedad sea rentable.

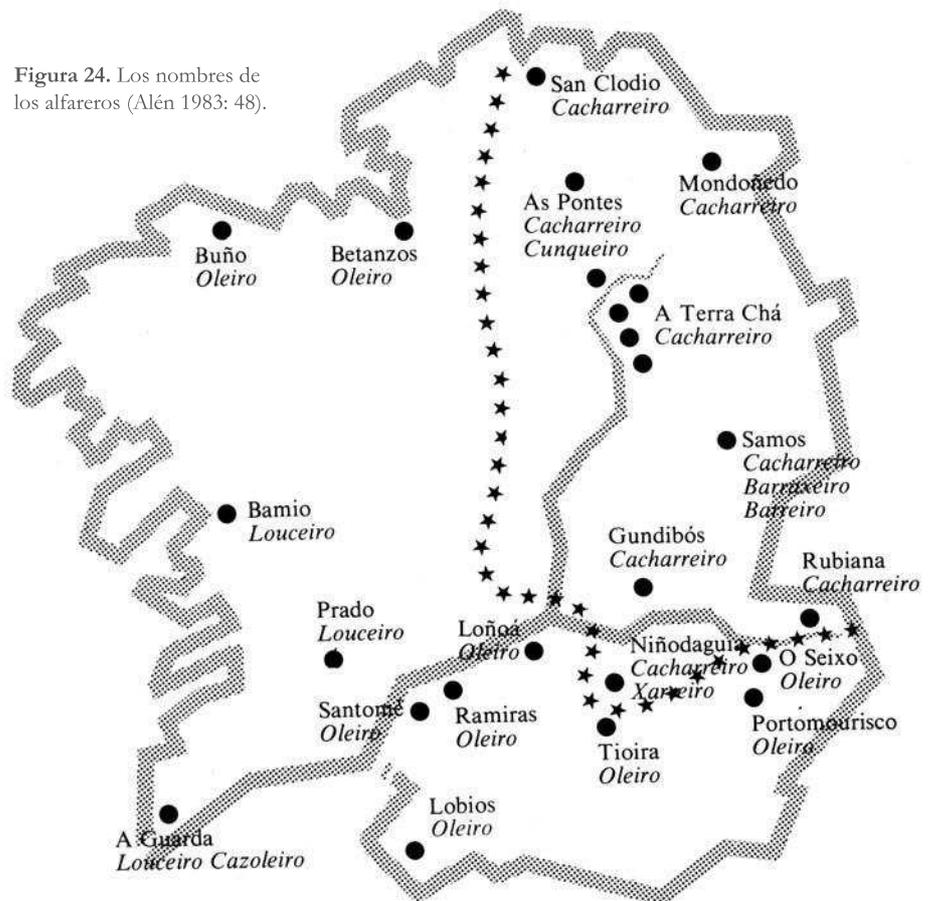
### 9. UNA CURIOSIDAD FINAL: LOS NOMBRES DEL OFICIO

Como broche final, queremos resaltar el nombre y los apodos de los alfareros, porque nos parece interesante (figura 24).

Independientemente de lo que pueda significar a nivel geográfico, la distribución de las denominaciones dadas a los oficianes, que nos ofrece García-Alén, desde el punto de vista arqueológico, es interesante el detalle

de que la mayor parte de los nombres se refieren al producto final y no a la materia que trabajan, como sucede en la mayoría de los oficios: herreros, metalúrgicos, orfebres, latoneros o ebanistas, por ejemplo. A los que trabajan el barro se les llama "louceiros", "cacharreiros", "oleiros", "cazoleiros", "cunqueiros" y "xarreiros", nombres que comprenden el total producido o una parte destacada. Los "barraxeiros" o "barreiros" de Samos, también denominados "cacharreiros" son la única excepción registrada.

Figura 24. Los nombres de los alfareros (Alén 1983: 48).



## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F. (2000) La Secuencia cultural del asentamiento de Laias: evolución espacial y funcional del poblado. En: 3º Congreso de Arqueología Peninsular (Vila Real 1999). Oliveira Jorge, V. (coord). Proto-história da Península Ibérica. Berrocal-Rangel, L. (coord). Porto, ADECAP, pp. 523-530.
- AMARAL, P. e PEREIRA DINIS, A. (1998) O centro oleiro de Gondar. O tempo e as formas. En: Cleto, J.; Varela, J.M. e Barros, S. (coord). Actas do III Encontro de Olaría Tradicional de Matosinhos, 1997, pp. 89-115.
- BALSEIRO GARCÍA, A. (2000) Diademas áureas prerromanas. Análisis iconográfico y simbólico de la diadema de Ribadeo/Moñes. Diputación Provincial de Lugo (ed).
- BONTE, P. y IZARD, M. (eds.) (1996) Diccionario de etnología y antropología. Madrid.
- CALO RAMOS, N. (1999) A decoración na cerámica castrexa de Borneiro: conclusións. Historia Nova VI e VII. A.G.H. Santiago de Compostela: 353-387.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1987) Castro da Forca. Campaña 1984. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia.
- COLL CONESA, J. (2000) Aspectos de tecnología de producción de la cerámica ibérica. En Saguntum. Extra 3. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. pp. 191-208
- CONCHEIRO COELLO, A. (2008) Castro do Achadizo: cultura material, economía de subsistencia na Idade de Ferro: memoria das escavacións, 1991-1994. Cadernos culturais (Boiro. Concello); 11. Boiro. Concello, ed.
- CHAPA BRUNET, T. y MAYORAL HERRERA, V. (2007) Arqueología del Trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico.
- CLOP GARCÍA, X., (2007) Materia prima, cerámica y sociedad. La gestión de los recursos minerales para manufacturar cerámicas del 3100 al 1500 a.n.e. en el noreste de la Península Ibérica.
- D'ANNA, A. (et al.) (2003) La Céramique: la poterie du Néolithique aux temps modernes. Collection "Archéologiques" (Errance). Paris
- FARINA BUSTO F. Forno cerámico. Castromao, Celanova. marzo 2001 (en línea) En <http://www.musarqourense.xunta.es/pezames2001> (Consulta: 22/01/2010)
- GANDARA (2006) La inferencia por analogía etnográfica. En Simposio Internacional "Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía" (2004 Barcelona). Madrid. CSIC. Treballs d' etnoarqueologia (Universitat Autònoma de Barcelona). 6. pp. 13-24.
- GARCÍA ALÉN, L., (1983) La Alfarería de Galicia. Un estudio a través del testimonio cultural de las vasijas y de los alfareros-campesinos. Fundación Pedro Barrié de la Maza. A Coruña.
- GARCÍA HERAS, M. (1997) Estudio bibliométrico de los trabajos de caracterización sobre materiales cerámicos arqueológicos en España: una valoración. Revista d'arqueologia de Ponent, 7, pp. 129-152.
- GARCÍA HERAS, M. (1998) Caracterización arqueométrica de la producción cerámica. Oxford. BAR.
- GARCÍA-HERAS, M. y OLAETXEA ELOSEGI, C. (1992) Métodos y análisis para la caracterización de cerámica arqueológica: estado actual de la investigación en España. Archivo español de arqueología. 65, N° 165-166, pp. 263-289.
- GARCÍA ROLLAN, M. (1971) "Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caelio-briga)". A.E.Arq., 44 (123-124); pp. 175-211.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1990-91) Panes, hogazas y fogones portátiles. Dos formas cerámicas destinadas a la cocción del pan en Al-Andalus: El hornillo (tannür) y el plato (tābag). Lucentum, IX-X. pp. 161-175.
- HERNANDO GONZALO, A., (1995) La etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado. Trabajos de Prehistoria, 52.2, pp. 15-30.
- HERNANDO GONZALO, A., (2006). Etnoarqueología y globalización. Propuesta para una etnoarqueología estructuralista. En Simposio Internacional "Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía" (2004 Barcelona). Madrid. CSIC. Treballs d' etnoarqueologia (Universitat Autònoma de Barcelona). 6. pp. 25-32.
- LEMONIER, P. (ed.) (1992) Elements for an anthropology of technology. Michigan.
- LEROI GOURHAN, A. (1988) El hombre y la materia (Evolución y técnica I y II), Taurus Comunicación, Madrid.
- LÓPEZ MAZZ, J. M., (2006) Posibilidades y límites para una etnoarqueología de la cerámica matís.
- MANNONI, T. y GIANNICHECKA, E. (2003) Arqueología de la producción. Barcelona. Ariel.
- MEIJIDE CAMESELLE, G (1991) A Idade do Bronce en Galicia. En Rodríguez Iglesias, F. (dir) Galicia: historia. Prehistoria e historia antiga Vol. 1. A Coruña. Hércules de Edicións. pp. 233-271.
- MURADO LÓPEZ, M. A. (2008): Otra idea de Galicia. Debate. Barcelona
- ORTON, C., TYERS, P. y VINCE, A. (1997): La cerámica en Arqueología. Barcelona, Crítica.
- PIE J. y VILA, A (1992) Relaciones entre objetivos y métodos de estudio de la industria lítica. En Mora et alii (eds). Tecnología y cadenas operativas líticas: 271-278. Universitat Autònoma de Barcelona.
- RENFREW, C. y BAHN, P. (1993) Arqueología. Teorías, métodos y práctica. Madrid.
- REY CASTIÑEIRA, J. (1992) "Yacimientos castreños de la Vertiente Atlántica: análisis de la cerámica indígena". Teses en microficha núm 185. Servicio de Publicacións e intercambio Científico. Universidade de Santiago de Compostela.

REY CASTIÑEIRA, J. (2000) "Cerámica castrexa decorada". Historia da Arte Galega. Prehistoria, Arte castrexa, Arte da romanización. Volumen 1. Nosa Terra. Fasc. 15. pp. 225-239.

REY CASTIÑEIRA, J. (coord). (2007). Unha aportación ó contexto cronocultural do Castro de Alcabre e á estrutura socioeconómica: a agricultura, a explotación forestal e a olería. Estudo cronotipolóxico e arqueométrico da cultura materia. Memoria depositada en Consellería de Cultura e Deporte. Santiago de Compostela.

REY CASTIÑEIRA, J. (coord). (2009). Estudo das actividades de produción en Castrovite (A Estrada, Pontevedra). Memoria depositada en Consellería de Cultura e Deporte. Santiago de Compostela.

REY CASTIÑEIRA, J. Y RODRÍGUEZ CALVIÑO, M. (2001) Novas imaxes de arqueoloxía castrexa estradense a través das coleccións Bouza-Brey e Fraguas Fraguas do Museo do Pobo Galego. En A Estrada. Miscelánea histórica e cultural. Museo do Pobo estradense. 4. Noia: 141-168

REY CASTIÑEIRA, J, SOTO ARIAS, P. (2002) Estudio preliminar del análisis físico-químico aplicado a la cerámica castreña: Vertiente Atlántica Gallega. Revista Gallaecia. 21: 159-176

RODRÍGUEZ CORRAL, J. (2008) Una proposta de estudio tecnolóxico de la cerámica castrexa: el caso de Borneiro B. Gallaecia 27, pp. 205-225.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A, C; JIMÉNEZ MEDINA, A. M.; ZAMORA MALDONADO, J. M. y MANGAS VIÑUELA, J. (2006) El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas.

RUIZ GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998) La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental, Crítica, Barcelona.  
SILVA A. C. F. (1986) A cultura castreja no Noroeste de Portugal. Paços de Ferreira.

SILVA, A. C. F. Y REY CASTIÑEIRA, J. (2005) "Arte e Cultura de Galicia e Norte de Portugal" volumen 2. Nova Galicia Edicions A Coruña.